


Selección

# TERROR

## EL PANICO INVISIBLE

CURTIS GARLAND

—George, ¿por qué hiciste vaciar la sepultura de tu primo Duncan? —preguntó de repente—. ¿Te lo ordenó su hijo, acaso?

Algo ocurrió en George. Se irguió, asustado. Sus ojos se desorbitaron. Comenzó a temblar. Miraba en torno, como si el visitante no le importara. Otra vez aquel vago terror a lo desconocido, mencionado por el psiquiatra, asomaba a su rostro.

—No, no… —jadeó—. No puedo hablar… ¡No debo hablar! Nadie debe encontrar jamás al hijo de Duncan… Lo sé, Duncan, ¡lo juro! ¡No, no te acerques a mí! ¡No me pinches con alfileres! ¡No me toques, no me tortures más! ¡Duncan, por el amor de Dios! ¡Perdón, perdón! ¡Juro que me arrepiento! ¡Me arrepiento de haber reclamado tu cuerpo para quedarme con tus cosas! ¡No, Duncan, no! Déjame solo… ¡No oprimas mi cuello, no me asfixies, por el amor de Dios…!



Curtis Garland

# El pánico invisible

## Bolsilibros: Selección Terror - 190

**ePub r1.0**
**xico_weno** 23.10.17

Título original: *El pánico invisible*
Curtis Garland, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

A H.
G. Wells
, como tributo a su imaginación e inventiva. El hombre que supo anticiparse a la moderna ciencia-ficción con obras como La guerra de los mundos, Primer hombre en la Luna, La máquina del tiempo y aquel otro curioso relato cuyo nombre lamento no recordar, sobre el día en que todo el mundo quedó paralizado e insensible, excepto los que, por un motivo u otro, respiraban un aire distinto al normal. También supo anticiparse al moderno género de terror, con un personaje escalofriante en el que, inevitablemente, nos inspiramos todos, cuando de aludir al abuso de la ciencia en la vida humana se trata.

Un relato que pudo haber sido grotesco y trivial, cobró en la pluma de Wells un matiz trágico, a través de situaciones inquietantes y momentos de auténtico y puro terror, sin fáciles recursos ni trucos Ese relato fue El hombre invisible.

Y, salvando las debidas distancias, como un recuerdo y homenaje a su creador, muchos hemos intentado repetir el alucinante fenómeno que podría trastornar el alma y la mente humanas, hasta la propia destrucción del individuo.

Sólo es un débil reflejo de una idea original, magistralmente trazada. Pero al escribir un tema así, inevitablemente uno piensa en H.
G. Wells.

Y le dedica humildemente su obra.

C. G.

# PRIMERA PARTE: Sentencia de ultratumba

# CAPÍTULO PRIMERO

EL honorable Simón Pentecost, juez del condado de York, regresó aquel domingo a última hora de la noche de su cacería en las propiedades de *Sir* Hugh Clifford, con el íntimo orgullo que le proporcionaba su pieza cazada.

Ni *Sir* Hugh había sido capaz de obtener tan anhelada presa en aquella montería. Y bien que lo intentó. Pero la victoria del honorable juez Pentecost había sido en toda línea. Algo sonado, que además hirió profundamente el orgullo de *Sir* Hugh, aunque él pretendiera disimular con su impecable *fair play*. Era posible que no olvidara en mucho tiempo la humillación que para un Clifford representaba ser batido en la caza del jabalí por un invitado tan especial como el juez Pentecost. La cabeza del animal viajaba con él en el carruaje. Iba a servir para que el hábil Jonathan Kitcher hiciera una de sus obras de taxidermia tan notables, y la embalsamada testa de la fiera adornase la biblioteca del magistrado, como dorado recuerdo de aquella cacería del sábado y el domingo.

Sí. Realmente, había valido la pena hacer aquel viaje a las posesiones de *Sir* Hugh, a no demasiadas millas de Harrogate. Pese a que en un principio se resistía a acudir a la invitación del rico aristócrata, por miedo a que su vieja herida de los tiempos de su servicio militar en la India pudiera resentirse con las cabalgadas en pos de la pieza y de la jauría de mastines, ahora se felicitaba por su acierto al arrostrar cualquier posible inconveniente, acudiendo al disimulado desafío que a sus dotes de cazador, harto pregonadas en el casino local, había lanzado subterráneamente la astucia orgullosa de *Sir* Hugh. Ahora debía estar lamentándose de su fracaso y del éxito humillante del juez Pentecost.

Cuando abrió la puerta de su casa, guareciéndose de la fina llovizna bajo el porche de entrada, apenas saltó del carruaje en la calle empedrada de Harrogate, la correspondencia aparecía en el

buzón situado tras la puerta en el número habitual cuando uno se ha ausentado casi tres días de su lugar de residencia. Había que tener en cuenta que el pasado viernes a mediodía, emprendió él la marcha en dirección a Clifford Mews, y hasta aquel domingo, sobrepasadas las nueve de la noche, no regresaba al hogar. Claro que hizo tal cosa porque no tenía asunto alguno judicial entre manos hasta el martes de aquella semana, en que se vería el juicio de faltas contra aquel borrachín de Austin Dodds. De ser precisa alguna orden judicial de emergencia, el constable McDivitt tenía instrucciones pertinentes para telegrafiar al juez Cheshire, de la ciudad cercana de Ripon, y que se hiciera interinamente cargo de la cuestión.

Examinó con rapidez las cartas, tras encender la lámpara de gas del vestíbulo y cerrar cuidadosamente la puerta de la calle, mientras el carruaje del viejo O'Reagan se perdía, rodando sobre el empedrado húmedo, allá en la, distancia, de regreso a la cochera.

No encontró ninguna nota urgente del constable McDivitt, como habían convenido si surgía algo imprevisto. Respiró con alivio. Eso le tranquilizaba sobremanera. Era mejor así, para que nadie pudiera luego murmurar que el juez Pentecost abandonaba sus obligaciones judiciales por una simple cacería entre aristócratas.

Las demás cartas eran el correo habitual: asuntos jurídicos, cartas de colegas, instancias de abogados, alguna que otra factura, y ofertas de libros de leyes y cosas parecidas. Lo de siempre. Iba a dejar las cartas sobre la repisa de la chimenea, una vez encendidas también las luces del salón-biblioteca, cuando detuvo su mirada en aquella otra carta, precisamente.

Era la última de todas. Quizá porque había sido la primera en depositarse en el buzón, posiblemente el viernes. Examinó el matasellos. Era del propio Harrogate, de la central de Correos local. Fechada el viernes, exactamente.

Iba dirigida a su nombre. Letra cuidadosamente trazada. Culta, de agudo trazo, algo inclinada hacia la derecha. Minuciosa y pulcra en todos sus detalles.

Frunció el ceño. Le extrañó la palabra que cruzaba en diagonal un ángulo del sobre, ésta trazada con perfecta letra mayúscula:

PERSONAL.

Tomó el sobre, alargado y de buen papel, fuerte y de un tono amarillo cremoso. No llevaba membrete alguno. Con su abrecartas de marfil y acero, rasgó el sobre muy cuidadosamente. Extrajo un pliego de igual calidad de papel, cara y selecta, e idéntico color, en tres dobleces. Lo desplegó.

La misma letra cursiva, minuciosa y cuidada. Perfectamente alineada, sin un solo fallo ortográfico o de puntuación. Breve. Escueta. Y terrible:

«Juez Pentecost:

»Vamos a encontrarnos de nuevo. Tal vez le parezca una broma de mal gusto. No lo es. He vuelto. Y tengo que verle. Ya puede suponer para qué, juez. Tengo que llevármelo conmigo. Al lugar donde usted me envió, ¿recuerda?

»No le doy día ni hora. Pero recibirá mi visita. Y morirá.

»Hasta pronto, juez.

»Duncan Ashley».

Dejó la carta. Sintió un escalofrío. Afuera, la llovizna se hacía más fuerte y sonaba contra los vidrios de las ventanas. Los ojos del juez se dirigieron al armario de sus legajos y expedientes. Caminó hacia allá, como sonámbulo. Abrió el mueble. Su mano temblaba ligeramente al buscar en la letra A. Halló el legajo rotulado en su lomo con el nombre de Ashley. Lo extrajo. Sopló, para quitarle algo de polvo de encima del cartón que servía para tapar el *dossier*. Sus ojos se clavaron en el nombre y datos de aquel viejo proceso:

**ASHLEY, DUNCAN**
**ASESINATO EN PRIMER GRADO**

Y abajo, con tinta roja, se había escrito en gruesos caracteres:

**CASO ARCHIVADO Y RESUELTO**
**EJECUTADO EN LA HORCA**

Soltó las cintas, con un estremecimiento. Abrió el legajo. El primer documento que apareció ante sus ojos fue la confesión manuscrita, firmada por el propio Duncan Ashley, ante la policía del condado de York, en el año 1880. Justamente nueve años atrás.

Era la misma letra. Sin una sola diferencia. La misma letra de la carta enviada aquel viernes a su domicilio. La letra manuscrita de un hombre ejecutado nueve años antes…

* * *

—Después de todo, podría ser una broma de mal gusto, juez Pentecost.

—Yo no lo creo, constable McDivitt. ¿Cómo explicaría usted la absoluta semejanza entre esa letra y la de la confesión original de Ashley? Además de juez, soy calígrafo, y sé lo que me digo. La misma persona escribió ambas cartas.

—Pero eso…, ¡eso es imposible! —protestó el constable de Harrogate, con gesto de asombro.

—Lo sé. Es imposible. De eso no hay la menor duda. Duncan Ashley está muerto y bien muerto. Yo mismo asistí a la ejecución. Estuve presente cuando el doctor Meredith, médico forense por entonces, certificó su muerte. Fue enterrado en el cementerio de la ciudad de York, a petición de su único pariente. Y ahí terminó todo.

—Yo, juez… buscaría a ese único pariente suyo —dijo de pronto el constable, como quien ha visto iluminada de súbito su mente por una idea realmente genial.

—Ya lo hice —suspiró el juez—. Quiero decir que he tratado de averiguar quién era el tal pariente, cuál su exacta condición, así como me he ocupado en telegrafiar hoy mismo a York, pidiendo a las autoridades referencias sobre el actual paradero de esa persona. Si en York no saben nada, solicitaré ayuda a Scotland Yard, en Londres, por si poseen algún dato acerca de nuestro hombre.

—¿Quién es él, concretamente? —La curiosidad de McDivitt era muy profunda ahora.

—Se llama George. George Ashley. Era primo del procesado, en segundo grado. Su única familia conocida o que, cuando menos, se interesó por Ashley durante el procedimiento judicial. Vivía en York, por entonces, y su oficio era Singular.

—¿Cuál, juez?

—Pompas fúnebres. Lápidas, cruces, mármoles funerarios y todo eso.

—Vaya… —Silbó entre dientes McDivitt, metiéndose los dedos entre el cuello de su uniforme y su considerable papada, con gesto incómodo—. ¿Él se ocupó de los funerales?

—En efecto. Y supongo que le instalaría una hermosa lápida. He pedido también datos sobre su sepultura en el cementerio de la ciudad de York. Espero que mañana, martes, por la mañana, tendré alguna respuesta a mis telegramas, amigo mío. Tal vez entonces podamos saber algo más a que atenernos. En York tengo un buen colega y amigo, el juez Fisher, y su hijo, el abogado criminalista Vincent Fisher, un joven de gran porvenir, dada su brillante carrera actual, a los veintisiete años de edad únicamente. También les he telegrafiado a ellos, para que me informen sobre cualquier cosa que averigüen al respecto.

—Entiendo. Tiene usted buenos amigos en todas partes, juez Pentecost. Como *Sir* Hugh, por ejemplo. Ya me he enterado de su éxito en la cacería… No se habla de otra cosa en Harrogate, puede creerme.

—Le creo, McDivitt —suspiró el magistrado, con gesto pensativo—. Pero, de momento, todo eso ha pasado a segundo término, a causa de esa carta. Aunque no he olvidado de llevar a Kitcher el jabalí muerto, para que embalsamara su cabeza… Después de todo, su taller de taxidermia me venía de paso, regresando de la oficina telegráfica…

—Parece preocupado por esa carta, señor.

—¿Cree que no debo estarlo, constable? —se extrañó Pentecost, mirando al policía.

—Bueno, no puede ser nada serio. Los muertos no vuelven de la tumba para vengarse del juez que haya podido condenarles. Usted dictó sentencia conforme a la ley. Duncan Ashley era endiabladamente culpable de aquellos horribles crímenes. Quedó probado y él mismo confesó… Usted cumplió con su deber. No se le conmutó la pena y fue ahorcado. Nada puede reprocharse, señor. Pero Lo cierto es que ese hombre está muerto y bien muerto. No puede venir ahora a vengarse de nadie.

—¿Entonces… por qué se escribió esa carta?

—Para asustarle, sin duda.

—¿Quién pudo tener interés en asustarme?

—Ese pariente, quizá. O algún otro chiflado como el propio Ashley… Quizá tenía más parientes de los que nunca se supo nada.

—¿Y cree que alguien puede escribir exactamente igual que otra persona?

—Si se tiene habilidad para imitar una determinada letra, ¿por qué no?

—Es que yo, amigo mío, diría que no es una imitación en absoluto, sino LA MISMA letra… Y le hablo como experto.

Reinó un silencio en la oficina destartalada y amplia del juzgado local de Harrogate. El constable se frotó el mentón, perdida la mirada azul de sus ojos en el alto techo de la estancia. Una gran estufa de hierro negro, expandía algo de calor en torno, mientras en el exterior, el otoño insistía en sus frías y desapacibles lloviznas, bajo un cielo gris y tristón, que presagiaba la vecindad invernal.

—Tiene que haber una explicación lógica, señor —insistió McDivitt, con un gesto de obstinación en su rubicunda faz pecosa, de buen escocés aficionado al producto de las destilerías de su tierra natal—. Estoy seguro de ello. Sea la que sea, la habrá…

—Sí, no hay duda —convino el juez, ceñudo—. Pero me gustaría conocerla.

Y se enfrascó en el estudio de sus legajos, examinando causas pendientes e informes periciales, mientras el constable abandonaba en silencio el despacho, regresando a la inclemencia callejera. La lluvia batió sobre su gorra y su macferlán impermeable, durante todo el camino hasta el puesto de policía.

Al pasar ante el parador de la señora Dawson, observó que de un carruaje parado ante el edificio, descendía un pasajero, ayudado por uno de los criados del establecimiento, y también por el postillón del lujoso vehículo tirado por cuatro caballos.

El pasajero, de espaldas a él, vestía un sombrero de copa alta, de peluche gris, con reflejos, levita de igual color, pantalón oscuro y botines. Sus manos iban enguantadas. Y a McDivitt le pareció que la nuca del hombre, único punto visible de su cabeza, iba totalmente vendada.

La puerta vidriera del parador, se cerró tras el viajero. McDivitt siguió calle abajo, con su recio paso enérgico, que hacía resonar sus botas en el mojado empedrado callejero. Un momento después, había olvidado por completo al viajero.

Después de todo, él no podía sospechar nada del horror que se avecinaba.

# CAPÍTULO II

—SÍ, la habitación número once, señor…

—Lawford —respondió roncamente la voz del viajero—, Brian Lawford, señora. Vengo de York en carruaje particular. Estoy muy cansado. Sólo deseo dormir, por el momento.

—Muy bien. Puedo hacerle subir el almuerzo a su habitación, si lo desea…

—No, no —cortó, seco, con su ronca voz profunda—. Nada de eso. Si tengo apetito, yo mismo bajaré a comer. No se moleste en subirme nada. Prefiero no ser importunado, se lo ruego.

—Conforme, señor Lawford —replicó la señora Dawson con cierta sequedad ahora. Miró, altivamente, al extraño huésped que ahora escribía con rapidez su nombre en el libro de registro, sin despojarse del guante.

Había sobrado motivo para mirar con interés al viajero. En realidad, ni una simple partícula de su piel era visible en este momento. Los guantes cubrían sus manos y muñecas por completo. Unos vendajes envolvían su cabeza bajo el sombrero de peluche gris. Unos negros lentes, de insondables vidrios oscuros, velaban sus ojos, única zona sin vendar en aquel rostro.

Él terminó de firmar. Ya le subían el equipaje a la primera planta. Echó a andar tras el criado, explicando con igual tono ronco, que desfiguraba singularmente su voz:

—No se extrañe demasiado, señora. Fue una delicada intervención quirúrgica. Quemaduras en un incendio. Estaba irreconocible. El cirujano ha dicho que volveré a ser casi normal. Pero debo tener paciencia. Los vendajes han de permanecer aún varios días sobre mi rostro…

Ella asintió, aceptando aquella explicación. Después de todo, era la más razonable. Algo así se había imaginado. Observó, con aire ausente, la delgada y alta figura del huésped de rostro oculto tras

las vendas. Era esbelto, ágil, aristocrático de porte. Pese a su aire misterioso, pensó la señora Dawson, no había nada inquietante en él. Y por si quedaba alguna duda sobre eso, allí estaban aquellos billetes de cinco libras, nuevos y crujientes sobre el mostrador. El viajero había querido pagar por anticipado toda una semana de permanencia en el llamado Parador de Las Armas de York. Ésa era una buena señal. Una excelente señal, para la señora Sarah Dawson, propietaria del negocio.

La llamativa y aún hermosa viuda, no podía tener dotes de adivina del porvenir…

Los telegramas de respuesta se habían demorado un poco.

Fue el martes, al caer la tarde, cuando llegó la respuesta a las preguntas que el juez Pentecost hiciera a la ciudad de York. Casi todos los telegramas de contestación coincidieron en su llegada a la estafeta de Harrogate.

Ya dentro de su casa, el juez encendió las luces, sonriendo al ver lo pulcro que estaba todo nuevamente en el hogar. Se notaba la mano de la señora Pennington, en la limpieza habitual. De no ser por ella, sólo Dios sabe lo que hubiera sido de su residencia de solterón empedernido. En la cocina, le estaría esperando ya una apetitosa cena, preparada por la señora Pennington, antes de ausentarse hasta el siguiente día.

Por el camino hasta la cocina, abrió los diversos telegramas recibidos.

El primero era de la policía de York. Respondía a sus preguntas sobre un hombre llamado George Ashley, de oficio marmolista y pompas fúnebres. La tal respuesta no era demasiado aclaratoria. Ni tan siquiera esperanzadora:

«George Ashley cerró su negocio de pompas fúnebres. Actualmente ocupa una celda del manicomio del condado. Su estado es crítico y sin posibilidad de curación.

Saludos: Sargento Fitzgerald, policía de York».

El segundo, procedía igualmente de York. De la firma de abogados
Fisher & Co.,
de aquella ciudad.

«George Ashley recluido por enfermedad mental. Negocio cerrado. Único pariente conocido legalmente del ajusticiado Duncan Ashley. Pero existen indicios de relación ilícita con una mujer de mala vida y posible existencia un hijo de Duncan. Informaremos de ello más adelante por correo. Saludos de papá.

Un abrazo: Vince».

El telegrama del joven Vincent Fisher, el hijo del juez Fisher, su viejo amigo de York, tampoco resultaba demasiado esclarecedor. Pero sugería la presencia de algún otro miembro de la familia Ashley. Un presunto hijo, tenido de la relación entre el criminal y una mujer pública, evidentemente. Una nueva e interesante posibilidad, pensó el juez Pentecost, al tiempo que sonreía, enfrentándose a la mesa dispuesta en la cocina, con alimentos cubiertos por la tapa de plata de la bandeja de servicio. Una botella de vino y unas rodajas de pan moreno en una cesta, junto a cubiertos y servilletas, demostraban una vez más que la señora Pennington jamás fallaba en detalle alguno.

Aún quedaba el tercer telegrama. Lo rasgó, camino ya de la mesa, sintiendo el hormigueo del apetito en su estómago.

Procedía del Servicio de Cementerios de la ciudad de York. Y era el más extraño e inquietante de todos:

«Atendiendo su solicitud, nos complace informarle respecto a sepultura ajusticiado Duncan Ashley. Este mismo año hemos procedido a exhumar el féretro con sus restos, procediendo a su traslado a un cementerio de Londres, por disposición legal de su pariente George Ashley, antes de ingresar éste en el manicomio, víctima de un ataque de locura. Hemos recibido documentos de Londres firmados por un tal Pat Ashley, hijo del difunto. Esperamos le sirva esta información.

Saludos: Ralph Carter, funcionario».

—Trasladado el cadáver… Un hijo en Londres… Y George, el primo, en un manicomio… Cielos, ¿qué está sucediendo aquí?

Se sentó ante la mesa, pensando en su siguiente idea al respecto. Era el momento de que Scotland Yard interviniese en el caso. Después de todo, era la policía londinense. Ellos podían averiguar por qué los restos de Duncan Ashley viajaron a Londres. Por qué un

hijo suyo se hacía cargo de todo eso, nueve años después de la ejecución. Y por qué un hombre normal, habituado a relacionarse con la muerte, desde su negocio de pompas fúnebres, había terminado internado en un manicomio.

Levantó la tapa de la bandeja. Olfateó complacido la vianda. Pollo en salsa, aromático y dorada. Con patatas redondas alrededor. Su plato favorito. Se dispuso a servirse.

Entonces ocurrió lo increíble. Lo inesperado.

Un taburete de la cocina se movió.

Sí. Se movió solo.

Y se puso junto a la mesa, volando literalmente desde el fondo de la cocina. Oyó su sonido seco, apoyándose en el suelo de baldosas, frente a él, al otro lado de la mesa de tosca madera.

Perplejo, dilató los ojos. Sabía que eso no era posible. Un taburete no puede moverse solo. Los objetos no viajan por el aire. La levitación podía ser un fenómeno en discusión, pero hacía siempre falta algo o alguien para provocarlo, si es que era cierto.

—¿Qué… qué significa…? —comenzó, asustado.

No hubo respuesta alguna. Pero ahora fueron los cubiertos los que se movieron como si se hubieran vuelto repentinamente animados… y locos.

Cuchillo y tenedor bailotearon sobre la mesa. Una rodaja de pan voló por los aires, desde la cestita panera hasta algún punto del aire… ¡donde sonó un chasquido, un extremo del pan se cortó mágicamente, empezando a deshacerse como si algo invisible lo triturase, deglutiéndolo luego, ya que descendió en vertical y desapareció, hecho pulpa!

—No… no puede ser… —jadeó, incorporándose, asustado.

Pero cuchillo y tenedor volaron sobre la mesa, hasta clavarse en la tierna carne del pollo, donde se quedaron vibrando. Un par de patatas redondas se alzaron súbitamente de la fuente. Siguieron el camino del pan. Fueron chafadas y deglutidas por alguien que no era visible en absoluto. Luego, el juez escuchó, horrorizado, algo como un aliento humano, una respiración entrecortada, un leve jadeo frente a sí…

—¿Qué está ocurriendo aquí? —aulló, frenético, dando vuelta a la mesa, resuelto a conocer la naturaleza de lo que hacía mover allí las cosas.

Al llegar al taburete, vio que éste caía a tierra. Creyó oír roces sobre el suelo. ¡Pisadas! Pero no… No había nadie a la vista. Giró la cabeza, asustado.

Los telegramas saltaban de la mesa, revoloteaban, eran arrugados por arte de magia, y terminaban saltando hasta caer en cualquier parte, hechos una pelota de papel. Su plato bailoteó en la mesa. La servilleta se alzó… ¡para ser atada en el aire, como babero de una persona intangible, sin corporeidad!

Era demasiado, incluso para un hombre equilibrado, sereno y tranquilo, como el juez Pentecost. Echó a correr, despavorido, hacia la salida de la cocina. Miró atrás, sin ver nada nuevo a sus espaldas. Alcanzó el corredor de servicio, llegó al gabinete… Se detuvo, jadeante.

Podía salir a la calle, gritar pidiendo auxilio… Pero ¿qué diría? ¿Contra qué o contra quién podían ayudarle las gentes, ni tan siquiera la policía local? No había nadie en la casa. Nada visible, cuando menos. Si decía algo así, quizá le tomaran por loco…

Loco…

¿Qué idea le traía esa palabra ahora? Loco, Alguien había sido recientemente encerrado por loco, allá en York. Un hombre llamado George Ashley. ¿Acaso también él vio… cosas como las que él había visto ahora?

Se rehízo. Se contempló en un espejo del muro. Estaba lívido. Transpiraba. Pero escuchando, no captaba ruido alguno. Tal vez imaginó cosas… La tensión, el cansancio… No cabía otra explicación razonable. Sabía que cualquiera otra era imposible.

De todos modos, saldría de casa. Iría al club, se tranquilizaría, antes de regresar a casa nuevamente… Lo necesitaba. Un oporto, una charla con los amigos, podría serenar sus ánimos…

Tomó el macferlán. Se encaminó al vestíbulo.

A sus espaldas sonó entonces una seca, agria carcajada. Despavorido, el juez giró la cabeza, enfrentándose de nuevo al horror.

No había nadie esta vez tampoco. Parecía estar solo en la casa. Pero la carcajada se extinguía justo en esos momentos… ¡y un cuchillo, el largo y afilado trinchante que antes reposaba junto a la bandeja de la cena, se movía en el aire, amenazador, como bailoteando mágicamente hacia él!

Esta vez, supo que había algo más que imaginación en todo cuanto veía. Supo que se enfrentaba a algo inexplicable, pero cierto. Algo que estaba allí, frente a él… Echó a correr hacia el vestíbulo.

No tropezó con mueble alguno. Pero algo se le cruzó de repente en el camino. Como una pierna invisible… y cayó.

Cayó de bruces sobre la alfombra, maldiciendo entre dientes, gimoteando incluso, presa de auténtico terror. Un sentimiento que hasta entonces no conociera. El trinchante efectuó sobre su cabeza una serie de filigranas en el vacío, como si estuviera dotado de vida.

—No, no, Dios mío… —sollozó el juez Simón Pentecost, mortalmente lívido, empapado en frío sudor—. No es posible… Estas cosas no pueden suceder…

—A veces ocurren, juez… —Sonó en alguna parte, en la nada, una voz humana, ronca e indefinible—. Ésta es una de esas veces… ¿Recuerda a Duncan Ashley? Usted lo envió a la muerte… ¡y ahora, ya soy la Muerte!

El trinchante se detuvo. Vertical sobre él, como una nueva y doméstica espada de Damocles. El juez entendió lo que iba a suceder, aunque no cómo sucedía. Gritó.

Gritó, exasperado, frenético, como enloquecido, con un rostro que nadie hubiera identificado como el suyo. Tal era la máscara de pavor y angustia que había llegado a ser aquella cara apacible y serena.

El trinchante descendió de súbito. Vertiginoso, brutal. Alcanzó en el cuello al juez. Se hundió en él ferozmente. Chascó la carne desgarrada, las vértebras hendidas…, El berrido de agonía del juez se ahogó en sangre.

Luego, una fuerza invisible, un impulso que parecía nacer del aire, hizo describir al cuchillo un semicírculo de oreja a oreja…

La sangre escapó a torrentes. El degollamiento hizo caer ligeramente atrás la cabeza del magistrado. Su cuerpo se volcó en el suelo, de espaldas, los ojos desorbitados y vidriosos, la boca convertida en una fuente sanguinolenta.

Cayó el cuchillo junto a él. En el aire, extraña, increíblemente, salpicaduras de sangre se fijaron sobre algo, sobre una superficie. El rojo líquido corrió, pareciendo dibujar borrosamente en el vacío algo así como unos dedos humanos…

Luego, el suelo reveló el trazado de unas pisadas escarlata. Un

calzado invisible, acaso unos pies desnudos que nadie podía ver, habían pisado el charco de sangre. Y éste dejaba unas huellas de talones y dedos humanos en la alfombra, camino de la puerta…

Cuando ésta se abrió y cerró bruscamente, nadie entró ni salió de la casa. Pero sobre el mojado pavimento callejero, fueron quedando unas huellas casi imperceptibles de pisadas sangrientas…

Pisadas alejándose hacia alguna parte. Pisadas de nadie. Porque en todo ese tiempo, ningún ser humano; ninguna forma viviente había sido vista por el juez Pentecost. Ni par nadie en Harrogate.

El periódico de York no publicaba la noticia en primera página. Pero los titulares, en la tercera, eran bastante destacados:

«Juez asesinado en Harrogate. La policía no encuentra sospechosos. El juez fue recientemente amenazado de muerte por alguien que se firmaba con el nombre de un antiguo ajusticiado. Pero se carece de pistas en el horrible crimen. El juez Simón Pentecost era estimado por toda la comunidad. ¿Quién pudo degollar al magistrado?».

Vincent Fisher puso el ejemplar ante la mesa que ocupaba su padre. Se limitó a comentar, con gesto ensombrecido:

—Pobre juez… Un mal final para una brillante carrera, ¿no es cierto, papá?

El juez William Fisher no hizo comentario alguno en principio. Se limitó a dejar su cena y clavó los ojos en la noticia. Se enteró de que aquella misma mañana, en Harrogate, una tal señora Pennington, asistenta del juez, encontró la horrible escena a su llegada a la casa, para la limpieza y atenciones diarias. Estudió los detalles que el redactor notificaba telegráficamente, con prisas y sin mucha minuciosidad, a la redacción del *York Mirror*.

Finalmente, se echó atrás, con un suspiro. Estaba pálido. Retiró su plato. Evidentemente, acababa de perder el apetito.

—Es horrible —dijo—. Pobre Simón…

Vincent, su hijo, se limitó a contemplarle, las manos en los bolsillos de su pantalón gris, la levita desabrochada. Parecía esperar un comentario paterno más amplio. Y éste llegó:

—Parece que su telegrama, el que nos envió a nosotros, tenía algo que ver con todo eso.

—Sí, es lo que he pensado yo, papá —asintió Vincent, ceñudo.

—¿Qué es lo que nos pedía exactamente en aquel telegrama, Vincent? —quiso saber su padre.

—Informes sobre un tal George Ashley, pariente del ajusticiado Duncan Ashley, Yo le respondí a ello. Citaba su reclusión en el manicomio. Y los rumores sobre el posible hijo que tuvo con una ramera…

—Oh, ya recuerdo —asintió el juez Fisher, frotándose el mentón —. ¿Crees que eso significa algo?

—No lo sé, papá. Ahí menciona una amenaza de muerte. Alguien firmó esa amenaza como si fuese Duncan Ashley revivido. En el reportaje, parece que el contable McDivitt, de la policía de Harrogate, confirma tal hecho. Y dice que era la misma letra del ajusticiado.

—Alguien imitaría esa letra, no hay duda.

—Papá, ¿olvidas que tu amigo Simón Pentecost era perito calígrafo? —preguntó Vincent, ceñudo.

—Cierto —convino su padre, extrañado. Ambos cambiaron una mirada perpleja. Luego, el juez Fisher se encogió de hombros—. Bueno, hasta un perito puede equivocarse. Todos sabemos que el tal Ashley lleva nueve años sepultado…

—También lo sabía Pentecost —convino Vincent, pensativo—. Papá, es algo muy raro todo este caso… El reportaje asegura que las huellas de pisadas en la alfombra de la casa, se hicieron al pisar el asesino la sangre de su víctima. Y parecen pisadas de una persona descalza… Es absurdo imaginar a un asesino descalzo, en los finales de otoño, en un clima como éste del Yorkshire, papá.

—Tal vez por no hacer ruido… —apuntó su padre, dubitativo.

—Existen otros medios: chanclos de goma, calcetines… Pero el asesino imprimió la huella de su talón desnudo. O ese artículo está equivocado, claro está.

—Bueno, de todos modos, nada podemos hacer, hijo. Simón fue un excelente amigo nuestro. Espero que la policía resuelva el asunto en breve. A veces, nosotros, los jueces, nos ganamos terribles enemigos que ni siquiera sospechamos…

—De todos modos, papá, tengo unos días de descanso, tras el asunto Attenborough. No sabía qué hacer, sin nada sobre lo cual trabajar. Esto me da una idea.

—¿Cuál? —Su padre le contempló, preocupado.

—Voy a pasar unos días de asueto. Una especie de cortas vacaciones. En Harrogate.

—¡Vincent! ¿De veras piensas meter las narices en eso?

—Sí, papá —suspiró Vincent Fisher—. No soy un detective, sino un simple abogado criminalista. Pero me gustaría asistir de cerca a la encuesta por la muerte del juez Pentecost. Es lo menos que merece, como amigo nuestro que fue…

—Sí, Vincent, hijo. Yo no puedo desplazarme por tener que juzgar el asunto de la familia Benedict. Ve tú en nombre de ambos al funeral. Y si puedes… haz algo por el viejo amigo. Lo único posible a estas alturas, claro está: trata de saber quién lo mató.

—Lo intentaré. Pero antes, creo que voy a hacer un par de visitas en esta ciudad.

—¿Sí? —Su padre arrugó el ceño—. ¿A quiénes?

—Al cementerio de York; a la tumba de Duncan Ashley. Luego… al manicomio. Quisiera visitar a George Ashley, su único pariente.

# CAPÍTULO III

LA primera visita había sido en cierto modo negativa.

La segunda estaba por ver. El doctor Stephenson habíase mostrado reticente respecto a una visita a su paciente, George Ashley. Al parecer, su estado mental inspiraba serios temores. Debía vivir en una celda de la planta de incurables, en la planta cuarta del establecimiento psiquiátrico.

Por fin, gracias a la influencia de su padre y al buen nombre de los Fisher en York, obtuvo el permiso adecuado. Muy limitado, ciertamente. Sólo cinco minutos de visita, con una reja por medio, en la celda especial de George Ashley.

Le pasaron a su presencia, tras cosa de veinte minutos de espera. George parecía tranquilo, allá en su litera, tras el visor enrejado que servía de angosto contacto entre él y su visitante.

George Ashley era un hombre canoso, flaco, de unos cuarenta y cinco años. Piel cetrina, mirada oscura y huidiza, gesto trémulo e inseguro, ademanes nerviosos, crispados. Se sabía examinado. Le habían anunciado la visita. Miraba fijamente a la ventana enrejada, tras la cual se silueteaba en parte el rostro de Vincent Fisher.

—Hola, Ashley —saludó con sencillez Vincent, tratando de mostrarse amistoso.

El enfermo no contestó. Se limitó a encogerse un poco más, cruzándose de brazos, como protegiendo su cuerpo de algo. Estremecióse, y humedeció sus labios repetidas veces.

—Quería verte —dijo Vincent, sin darse por vencido todavía—. Alguien me dijo que podrías contarme algunas cosas de interés.

Igual silencio. El paciente seguía mostrando recelo, desconfianza. Y algo que quizá era temor. Pero temor ¿a qué? ¿A él? ¿A otra cosa diferente?

Recordó Vincent las explicaciones del doctor Stephenson, mientras escogía cuidadosamente las palabras que él mismo debía

pronunciar a continuación:

—Señor Fisher —había dicho el médico psiquiatra con voz grave—. La dolencia mental de George Ashley es muy grave. No hemos logrado curarle jamás. Sigue pensando que no está solo en aquella celda, que siempre hay alguien con él. Alguien a quien nadie ve. Tratamos de curar eso como se hace habitualmente con toda manía persecutoria. Pero algo nos falló de modo radical. No pensamos en la posibilidad de que él tampoco viese a nadie. En estos casos, sólo el enfermo ve a su misterioso enemigo, que naturalmente no existe sino en su imaginación. Y nosotros llegamos a persuadirle de que no ve nada real. Aquí fallamos lamentablemente. ¿Quién podía imaginar que, tras el tratamiento, él iba a confesarnos que nunca vio a nadie? Pero que aún así, sabe que está ahí, porque nadie puede verlo. Pero él mueve los objetos cuando quiere, él le amenaza, se burla de él… ¡y nadie lo ve ni lo sabe! Dice que ha vuelto de la tumba para acabar con todos. Incluso con él, por haberse hecho cargo de un cadáver sólo para quedarse con cuanto poseía el difunto…

—¿Se refería a su pariente Duncan Ashley, al hablar así?

—Sí, eso creo. El afirma que ese pariente ha resucitado y está con él siempre que quiere, atemorizándole, torturándole, para que pague con su sufrimiento el despojo que hizo de los ocultos bienes del muerto, cuyo paradero sólo él conocía. Es su historia, claro. Y cuando parece más tranquilo, comienza a chillar, diciendo que no está solo… Que él está allí con él… Y, naturalmente, nunca hay nadie, señor Fisher…

Ésas habían sido las palabras del doctor Stephenson. Ahora se enfrentaba al pobre enfermo. Y ni siquiera sabía cómo sonsacar la verdad a aquel desdichado. ¿Era cierto que había desvalijado al muerto, aprovechándose de algo al hacerse cargo de su cuerpo y sus enseres?

Quizá alguna llave, alguna clave para encontrar el escondrijo de sus bienes… Lo que parecía cierto es que su conciencia no andaba bien. Por algo sería.

—George, ¿por qué hiciste vaciar la sepultura de tu primo Duncan? —preguntó de repente—. ¿Te lo ordenó su hijo, acaso?

Algo ocurrió en George. Se irguió, asustado. Sus ojos se desorbitaron. Comenzó a temblar. Miraba en torno, como si el

visitante no le importara. Otra vez aquel vago terror a lo desconocido, mencionado por el psiquiatra, asomaba a su rostro.

—No, no… —jadeó—. No puedo hablar… ¡No debo hablar! Nadie debe encontrar jamás al hijo de Duncan… Lo sé, Duncan, ¡lo juro! ¡No, no te acerques a mí! ¡No me pinches con alfileres! ¡No me toques, no me tortures más! ¡Duncan, por el amor de Dios! ¡Perdón, perdón! ¡Juro que me arrepiento! ¡Me arrepiento de haber reclamado tu cuerpo para quedarme con tus cosas! ¡No, Duncan, no! Déjame solo… ¡No oprimas mi cuello, no me asfixies, por el amor de Dios…!

Y gritando y babeando se desplomó al suelo, comenzando a retorcerse, como si realmente le acosaran invisibles fuerzas del Más Allá… Varios enfermeros acudieron, separando a Vincent de allí. Entraron en la celda… Inyectaron algo a George Ashley. Forcejearon con él, hasta lograr que se calmase y dejara de resistir. Poco a poco, entró en un sopor apacible. Un enfermero se acercó al abogado.

—Será mejor que lo intente otro día, señor —dijo—. Le hemos tenido que administrar un sedante. Dormirá al menos durante ocho o diez horas. Estaba muy excitado…

Vincent Fisher supo que había sufrido su primera derrota. Regresó al despacho del doctor Stephenson. Éste había sido informado ya por sus ayudantes. Miró gravemente al abogado.

—Lo siento —dijo—. Se lo advertí. Es un caso difícil. No obtendrá mucho más de él, por muchas veces que lo intente…

—Sí, empiezo a pensar igual —suspiró Vincent, reflexivo—. Cree que le quieren estrangular, que le pinchan con alfileres… Y culpa de ello a Duncan.

—Así es. Lo realmente curioso, señor Fisher…

—¿Sí? —quiso saber Vincent, al detenerse el médico, dubitativo.

—Bueno, siempre me resulta un poco difícil hablar de ello, porque no logro explicármelo bien, pero cuando sufrió el primer ataque, George Ashley estaba solo en su casa, y ésta herméticamente cerrada… Aun así, al internarlo, víctima del ataque que forzó a los vecinos a avisarnos… descubrimos su cuerpo lleno de pinchazos de alfiler… Y en su cuello había huellas amoratadas, como si alguien hubiera querido estrangularlo, aunque sin apretar lo suficiente para quitarle la vida…

Vincent Fisher miró largamente al médico. Su pregunta fue escueta:

—¿Pudo hacerse él esas cosas?

El médico se encogió de hombros. Su voz sonó insegura:

—Pudo hacérselo, claro… Pero yo… yo diría que no, Nadie pudo hacérselo, pero… estoy seguro de que no era obra de él, señor Fisher…

Vincent no dijo nada. Echó a andar hacia la salida. Y comentó entre dientes:

—Gracias, doctor. Ahora, más que nunca, estoy seguro de que debo ir a Harrogate…

* * *

La señora Dawson contempló con vivo interés el carruaje que se detenía ante su casa. Su criado la informó con acento jovial:

—Vaya, parece que tenemos una racha de suerte, señora… Más viajeros para la fonda.

—¿Son varios, Silas?

—Que yo vea, son tres nada menos.

—¿Tres? ¿Todos para alojarse aquí?

—Eso parece. Traen equipajes. Y despiden el coche de Petersen. Eso quiere decir que vinieron a Harrogate para quedarse aquí. Son forasteros. Nunca los vi antes.

—Ésas son buenas noticias —suspiró la señora Dawson—. No sé si dar las gracias por este alud de viajeros al infortunado juez Pentecost, con su muerte… o a nuestro viajero de la habitación número once.

—¿Cuál? ¿El que nunca sale de su cuarto y nadie le puede ver la cara? —dudó Silas, arrugando el ceño.

—El mismo.

—Usted dijo que podía ser un pajarraco de mal agüero —le recordó el criado, irónico.

—Sí, pero… lo cierto es que él sigue alojado aquí, y ahora nos vienen más viajeros a Las Armas de York. Puede que me equivocara con él. Después de todo, el pobre hombre ha sufrido una grave intervención quirúrgica en su rostro, y es lógico que sufra rarezas. A pesar de ello, es todo un caballero. Y a ti o a Gladys, buenas propinas os da por subirle la comida a la habitación…

—Bueno, eso es cierto, pero… —El criado, Silas, sacudió la

cabeza, dubitativo, justo cuando la puerta de vidrios de color emplomados que daba acceso al establecimiento, se abría para dejar paso, entre una ráfaga de viento helado y gotas de aguanieve, precursoras de las ya próximas nevadas invernales, a los recién llegados viajeros del ferrocarril, que el cochero Petersen acostumbraba a recoger en la estación de Harrogate.

Los viajeros eran tres, ciertamente. Lo que sorprendió a la señora Dawson fue ver mayoría del sexo femenino entre ellos. Dos mujeres, por un solo hombre. Éste iba de pareja, evidentemente, con una de ellas. La otra viajaba sola y aparte, o la señora Dawson no entendía una sola palabra de esas cosas. Y era toda un veterana en la dirección de un negocio de hostelería.

—Buenas tardes —saludó el hombre con voz recia, quitándose el sombrero y sacudiendo las gotas de lluvia helada de su macferlán de doble vuelta en las hombreras—. Espero tengamos alojamiento en su casa, señora…

—Afortunadamente, ésta no es época de muchos viajeros en Yorkshire —suspiró ella—. Afortunadamente para ustedes, claro está, no para mi negocio, caballero. Sí, tengo alojamiento para todos. ¿Una habitación de matrimonio, señor? ¿Una individual para la dama?

—No, no —rió de buena gana el hombre—. La señorita Castle y yo no somos marido y mujer. Bueno, mejor podría decir la doctora Castle, para ser exactos.

—¿Doctora? —La señora Dawson miró con sorpresa a la dama de cabellos oscuros y profundos ojos color ámbar, que acompañaba al caballero—. Una dama muy joven para una carrera así… Bien, no hay problema. Tres habitaciones individuales. Se las facilitaré en la primera planta. Es la más confortable. Sólo hay en ella un viajero, y no molesta nada. Números quince, dieciséis y diecisiete. Firmen aquí, por favor…

El caballero entregó la pluma, ya mojada en tinta, a la segunda mujer, la que viajaba sola. Era de cabellos rubios, suavemente oscuros, y ojos muy grandes y azules. Sonrió ésta tomando la pluma.

—Gracias, caballero —dijo.

Y escribió su nombre en el registro. La señora Dawson miró críticamente los datos allí anotados, siguiendo los reglamentos

hoteleros del condado:

**Muriel Foster**
**Redactora del *London Clarion***
**Procedente de Londres**

La señora Dawson iba de sorpresa en sorpresa. Una periodista en su casa. Y una doctora, cuyo nombre completo y origen también cotilleó sin disimulo:

**Marsha Castle**
**Doctora en Medicina**
**Procedente de York**

Su acompañante, a su vez, firmó su propia línea, añadiendo los datos propios:

**Peter Hayles**
**Doctor en Biología y Bioquímica**
**Procedente de Londres**

—Vaya… —comentó la señora Dawson, entregando las llaves a Silas, que recogía ya las maletas y requería la ayuda de Gladys, la doncella del parador—. Todos ilustres huéspedes, señores: una periodista, dos doctores… Espero que mi humilde establecimiento les resulte, cuando menos, acogedor. Haremos lo imposible porque ello sea así.

—No se preocupe, señora —sonrió el hombre, que era alto, fornido, vestía de oscuro y lucía unas frondosas y crespas patillas rojas en su rostro redondo y saludable—. Estamos seguros de que así será…

Subieron a la planta alta, acompañados de Silas y de Gladys, su personal de servicio. La señora Dawson volvió a leer los nombres y ocupaciones, con gesto dubitativo, lleno de sorpresa. Acontecimientos así no eran frecuentes en un sitio como Harrogate.

Una periodista y un doctor en biología, llegados de Londres… Y una doctora de York, muy amiga, al parecer, de su colega londinense del sexo opuesto.

—Hum… —murmuró para sí—. Espero que tanta gente no moleste al señor Lawford, de la habitación número once…

Se abrió de nuevo la puerta. Con el frío y la lluvia entró el constable McDivitt, maldiciendo el clima y sacudiendo sus manos ateridas. Se acercó al mostrador.

—Hola, Sarah —saludó a la hostelera—. Buena racha de fortuna, ¿eh? He visto a varios viajeros entrar en tu casa…

—Tres, Johnny —respondió ella—. Doctores, una periodista… Harrogate se ha vuelto muy concurrido desde que mataron al pobre juez Pentecost…

—Mucho. Los buitres siempre acuden al olor de la carroña, Sarah —luego meneó la cabeza, y comentó, más trivial—: ¿Dijeron a lo que venían?

—No. Pero supongo que la periodista de Londres vendrá por ese crimen…

—Sí, por supuesto. Pero dos médicos… ¿qué diablos hacen aquí?

—Uno de ellos, el hombre, no es exactamente un médico… sino un tipo que investiga. Biología, química y cosas así, ¿entiendes?

—Claro. De todos modos, seguro que algo relacionado con la muerte del juez les trajo aquí. Yo diría que, en efecto, mucha gente ajena al pueblo va a venir al olor de la sangre. Lo único que harán dificultar las investigaciones, seguro.

—¿Se sabe algo ya? ¿Alguna sospecha sobre la persona que agredió al juez?

—No, nada. La autopsia no reveló cosa alguna fuera de lo común. El juez ni siquiera tuvo tiempo de cenar, aunque los cubiertos estaban clavados en el pollo… Debieron perseguirle desde la cocina, hasta matarle en el gabinete inmediato al vestíbulo.

—¿Y sospechosos…?

—Ninguno. Tenemos un tipo medio borracho que asegura haber visto cerrarse la puerta de la casa del juez, sobre las nueve y media de la noche. Pero no vio entrar ni salir a nadie. Claro que se trata de Burke, ese beodo, y no se le puede creer nada. De todas formas, es posible que entonces entrara el asesino, y él no llegó a verlo. El forense dice que la muerte se produjo entre ocho y diez de la noche, sin duda alguna…

—Pero nadie quería mal al juez en este lugar, Johnny.

—Claro que no. Sin embargo, recibió una amenaza un día. Una broma pesada, sin duda, aunque él decía que era otra cosa… —McDivitt sacudió la cabeza—. No sé. No creo en fantasmas, pero…

—Pero… ¿qué? —musitó ella, sorprendida, clavando sus ojos en él.

—Bueno, tuvo esa amenaza de un hombre ya muerto… y ahora aparece asesinado. Raro, ¿no? Además… el rostro del buen juez tenía un aspecto horrible. No era sólo el de una persona al verse atacada, sino que reflejaba algo distinto, espantoso… Un terror que ni siquiera parecía de este mundo, Sarah…

La hostelera se quedó mirando fijamente al policía, con expresión alarmada. Iba a responder algo, cuando en el exterior rodó un carruaje, deteniéndose finalmente ante la fonda. Sorprendidos, giraron la cabeza ambos.

Apenas unos segundos más tarde, un hombre alto, joven, de oscuros cabellos y ojos profundos y vivaces, elegantemente vestido de gris, hacía su entrada en la fonda, con una sola maleta por equipaje.

—Buenas tardes —saludó con voz cordial—. ¿Tiene alojamiento, señora?

La señora Dawson, dominando su sorpresa, asintió.

—Sí —dijo—. ¿De dónde sale hoy tanto viajero, me pregunto yo?

—He llegado ahora mismo en diligencia —explicó el recién aparecido, caminando hacia la recepción de Las Armas de York—. Vengo de la ciudad de York, y soy abogado. Mi nombre es Fisher. Vincent Fisher…

El comedor de la fonda estaba más concurrido que de ordinario aquella noche. Gladys, la doncella, paseaba entre las mesas, sirviendo los diversos platos y atendiendo las peticiones de agua, cerveza o vino, por parte de los huéspedes.

Las miradas de la joven doncella, indefectiblemente, terminaban por recaer sobre el más guapo, joven y arrogante de los huéspedes de Las Armas de York: Vincent Fisher, a cuya mesa aparecía sentado el constable McDivitt, de la policía local, aceptando la invitación de una jarra de cerveza, por parte de su compañero de mesa. Sólo un huésped faltaba en el comedor, como era habitual ya: el caballero Brian Lawford, de la habitación once. Él cenaba arriba. Silas debía haberle subido ya su cena.

Abajo, en las demás mesas del acogedor recinto, al calor de las llamas que crepitaban en los leños de la chimenea, la doctora Castle

y el doctor Hayles compartían una mesa. Muriel Foster, la periodista, cenaba sola, en una mesa vecina a la de Vincent.

—De modo que usted examinó la carta que recibiera el juez… —Estaba hablando en este momento Vincent Fisher, cortando con su cuchillo un trozo de carne apetitosa, del guisado de pato silvestre.

—Sí, señor Fisher. Por él supe que usted y su padre eran muy amigos suyos. Parecía confiar en sus informes sobre el caso de George Ashley…

—Ya recibió mi informe telegráfico… Supongo que la misma noche de morir.

—Exacto. Encontramos los despachas telegráficos de York. Eran tres. Uno suyo, otro de la policía, y un tercero del Servicio de Cementerios. Estaban hechos bolas arrugadas, dispersos por la cocina, como si el juez hubiera estrujado todos ellos, arrojándolos con enfado por alguna causa…

—Es raro. El juez tenía un carácter frío y muy controlado. Además, por lo que he sabido en York, antes de venir, muchos de esos informes pudieron interesarle y preocuparle, más que irritarle.

—Es cierto. Los he leído. ¿Por qué trasladaron los restos de Duncan Ashley? ¿Existe realmente un hijo de Duncan?

—He pedido datos a Scotland Yard. Y al Censo de Londres. Un tal Patrick Ashley tiene que aparecer, si no ha sido invención de alguien. Reclamó el cadáver de Duncan. Y firmó los documentos, pagó los gastos…

—Un hijo, a veces, escribe igual o parecido al padre. Pudo querer vengarlo. El hijo de un asesino y de una prostituta no puede ser demasiado equilibrado ni normal… Y se inventó esa macabra historia de su padre resucitado, para amedrentar al juez.

—Pentecost pudo sentirse amedrentado por ello, pero ¿por qué ante su asesino? ¿Qué vio el juez para sentir el terror que su rostro revelaba al morir, constable?

—Eso mismo nos preguntamos todos. Tenía sus ojos casi fuera de las órbitas…

—Evidentemente, hay algo que le asustó más aún que una simple carta. Mientras no sepamos lo que pudo ser… seguiremos dando palos de ciego en la oscuridad. Supongo que no hay sospechosos todavía…

—Ninguno, señor Fisher. Mañana podrá hablar con más calma

con su colega, el señor Nigel Elliott. Es el fiscal del condado. Y *coroner* en estas indagaciones.

—Nigel Elliott… Me suena su nombre. Un excelente fiscal. ¿No fue él quien llevó la acusación contra Duncan Ashley?

—Exactamente. Hizo una brillante acusación, por lo que me han dicho. No había abogado capaz de desbaratar sus argumentos ante el tribunal… El juez se limitó a dictar la sentencia lógica en aquel caso. No comprendo por qué alguien querría vengarse de él…

—Yo tampoco, Pero la mente humana es un misterio, constable. Si hubiera visto usted a George Ashley, como yo le vi en el manicomio de York… Era algo terrible. Una pobre piltrafa humana. Y ni siquiera sabemos tampoco cómo sucedió.

—Pero antes, él hizo trasladar los restos de su primo a Londres… Él debía conocer a ese Patrick Ashley a quien buscamos…

—Es posible. Pero en su actual estado, es como si nada supiera. No nos sirve en absoluto. Vive en un mundo ajeno al nuestro. En cuanto se le fuerza un poco, empieza a gesticular y gritar, como si alguien le atacara. Se cree perseguido por alguien que nadie ve, por supuesto pero que, singularmente, según el doctor Stephenson, el psiquiatra que le atiende, tampoco él dice ver, cosa poco corriente en tales casos. Y así están las cosas respecto a George Ashley. En todo caso, es un testigo inútil por completo. Y, desde luego, fuera de toda sospecha. Al morir el juez, lo mismo que al serle enviada esa carta amenazadora, el desdichado estaba recluido en una celda para casos extremos de demencia. ¿Existe mejor coartada, constable?

—Desde luego, no. Yo, al menos, no lo creo —suspiró el policía de Harrogate, sacudiendo su pelirroja cabeza con gesto de desaliento—. Pero ¿usted cree en historias de ultratumba? ¿En… en resucitados y cosas así?

—No —negó Vincent, con un asomo de sonrisa, aunque sus oscuros ojos perspicaces continuaban seriamente fijos en su interlocutor—. Creo que todo ha de tener una explicación más o menos lógica. Sea cual sea, constable.

—Estamos de acuerdo. Ahora, señor Fisher, Harrogate se ha convertido en un centro de atracción por tan tristes causas. Eso va a hacer más difícil todavía la investigación. Esta semana tendrá lugar la encuesta, que lleva el señor Elliott, el fiscal, pero todos

suponemos ya cuál será su veredicto: «Asesinato cometido por persona o personas desconocidas». Es lo habitual en los casos en que no hay un sospechoso o un culpable.

—No se puede esperar mucho más de una encuesta previa, constable. Supongo que harán falta otros procedimientos más eficaces para dar con un posible criminal. Y ésos no dependen ya de un *coroner* ni de un simple trámite legal.

—Tiene usted razón —resopló McDivitt, poniéndose en pie, tras apurar su jarra de cerveza—. Bien, señor Fisher, gracias por todo. Debo ir a trabajar un poco a la oficina. Espero que nos veamos más tarde.

—Nos veremos —asintió Fisher, estrechando su mano—. Hasta luego, constable.

El policía salió del comedor, y la puerta de la fonda se cerró tras él. Gladys se acercó a recoger los platos y servicios de la mesa de Vincent. Su mirada se cruzó con la de él. Vincent observó que la joven doncella acostumbraba llevar unos escotes muy atrevidos bajo el almidonado delantal de su uniforme. Realmente, tenía cosas que lucir, y sabía lucirlas.

—¿Necesita algo más, señor Fisher? —preguntó con coquetería, inclinándose hacia él.

La visión del escote se hizo más profunda. Vincent pudo contemplarlo a su antojo, con todo lo que revelaba. Las medidas anatómicas de Gladys resultaban impresionantes.

—No, nada, gracias —sonrió, negando con la cabeza.

Ella le devolvió la sonrisa, y se alejó, entre las mesas, con un contoneo provocativo.

Vincent siguió esos movimientos, pensativo. La voz junto a él, risueña y llena de ironía, le arrancó de la contemplación de los encantos de la doncella.

—Las bellezas naturales de Harrogate parecen impresionarle…

Enarcó las cejas al mirar a la persona que hablaba. Sonrió, divertido.

—Bueno, es más confortable que contemplar esas tristes calles mojadas por la lluvia —admitió—. Harrogate no parece abundar en encantos para el viajero, señorita…

—Foster, Muriel Foster, del London Clarion —explicó ella con rapidez.

—Oh, encantado —inclinó la cabeza—. Me hablaron de una joven periodista londinense… He leído a veces el London Clarion, no muchas, lo confieso. La «prensa amarilla», con sus sucesos sensacionalistas, no es mi fuerte, pese a que yo sea abogado criminalista. Me gusta más otra clase de publicaciones, sin que ello signifique que no la admire a usted personalmente. En nuestros tiempos, todavía es una audacia que una mujer sea periodista.

—Es lo que dicen todos —rió Muriel Foster, con una luz maliciosa en sus azules ojos—. Admito que el London Clarion es un semanario detestable… pero me paga, y me sirve de posible trampolín para el futuro. Aspiro a ser una periodista seria y honesta.

—Lo logrará… a pesar del Clarion —también rió de buena gana Vincent Fisher ahora—. ¿Ha venido usted por lo del juez Pentecost?

—Sí —confesó ella—. Y por lo que veo, no he venido sola. Esa pareja son dos doctores, uno de Londres y otro de York… Y usted, supongo que también está aquí por lo mismo…

—En efecto —asintió Vincent, con gesto grave—. Además de abogado, yo era amigo personal del juez Simón Pentecost.

—Oh, lo siento… —Bajó sus azules pupilas la muchacha. La luz de las lámparas de gas en el comedor, arrancaban reflejos de oro viejo a su terso cabello peinado hacia atrás—. Se deben ver muy diferentes las cosas en su caso.

—Mucho. Pero en el fondo, todo es igual: un crimen atroz, injustificable. El juez era una gran persona. Y como magistrado, jamás se mostró demasiado duro con nadie. Fue justo, simplemente. Propenso, a veces, a dar una oportunidad al reo que la merecía…

—Pobre juez Pentecost… —murmuró la periodista con gesto ensombrecido—. Yo esperaba un hombre rígido, duro, lleno de enemigos… Ya he oído en Harrogate comentarios como el suyo, señor…

—Fisher. Vincent Fisher —se presentó él, con una cortés inclinación—. Mi padre también es juez en York. Vivimos allí. He reconocido inmediatamente a esa joven doctora que usted señaló antes, la que cena con ese otro caballero, el doctor de Londres… Es Marsha Castle, y tiene consultorio en el mejor barrio de York. Una vez asistí a una conferencia suya. Algo sobre un profesor suyo, que tuvo en la Facultad de Medicina… Lo recuerdo muy borrosamente,

la verdad, pero era algo sobre la obra de ese maestro suyo. Creo que mencionó hallazgos notables en el campo de la ciencia… E incluso… incluso descubrimientos que jamás llegó a revelar a nadie antes de su muerte…

Vincent hizo una pausa. Parecía repentinamente sorprendido. Se golpeó la frente con la mano abierta, como si de pronto asociara algo de lo dicho con otra cosa que nunca relacionara antes.

—¡Eh, claro! —exclamó, en voz tan alta que incluso la doctora Castle y el doctor Hayles giraron la cabeza hacia él. Bajó entonces la voz y murmuró—: Ahora recuerdo…

—¿Algo importante, señor Fisher? —se interesó Muriel Foster, con curiosidad muy propia de su profesión…, pero también de su sexo.

—Podría serlo —confesó gravemente Vincent—. Acabo de recordar el nombre del profesor que tuvo la doctora Castle… Se trataba del profesor Alfred Blake…

—¿Y bien…?

—Señorita Foster, el profesor Alfred Blake… fue una de las víctimas del asesino Duncan Ashley, el hombre que fue condenado a la horca por el juez Pentecost… y quien dicen escribió una carta amenazadora al juez, hace sólo unos días…

# CAPÍTULO IV

—ESE tipo del once está chiflado, no hay duda, señora Dawson… —refunfuñó Silas de mal humor.

—¿Por qué dices eso? —interrogó la dueña de la fonda, sorprendida.

—Dejé la bandeja ante su puerta, con la cena, como he hecho otras veces. Pues bien, ahí seguía cuando subí a recogerla. Intacta. He llamado y no me ha contestado nadie. La puerta sigue cerrada por dentro, y el tipo ni se digna responder.

—Está bien, Silas. El señor Lawford ya nos indicó que, si no recogía la bandeja y no respondía, no nos preocupáramos. Cuando descansa, no desea ser molestado, ni se digna responder a nadie. El paga sus buenas libras por el alojamiento y no parece habernos traído mala fortuna. De modo que allá él con sus excentricidades, mientras no resulten molestas para nadie.

Vincent escuchaba distraídamente la conversación entre patrona y criado, mientras recogía su llave del casillero para retirarse a descansar. El reloj del vestíbulo desgranó diez lentas campanadas.

—¿Hay algún otro huésped, además de nosotros…? —se interesó Vincent, volviéndose a la señora Dawson.

—Sí, lo hay. En la habitación número once —explicó ella, encogiéndose de hombros, pero muy solícita a las preguntas de Vincent Fisher, como todas las mujeres a quienes él se dirigía—. Es un tipo raro. Llegó hace tres días. Sufrió un grave accidente y le han operado el rostro. Lo lleva vendado. Se porta de un modo extravagante, y no le gusta dejarse ver. Pero no molesta a nadie. Ah, y siempre come y cena arriba… No sale nunca.

—Sí que es un tipo raro —admitió Vincent, pensativo. Observó que subían la doctora Castle y el doctor Hayles, charlando animadamente. Muriel le agitó una mano, con risueña sonrisa, al subir hacia su habitación. Tras una corta pausa, Fisher añadió—:

Hace tres días… el juez aún no había sido asesinado…

—Muy cierto —la señora Dawson le miró fijamente—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Nada. —Vincent sacudió la cabeza—. Absolutamente nada, señora…

Y él mismo subió la escalera, retirándose a sus habitaciones. Al siguiente día tenía muchas cosas que hacer en Harrogate, y quería estar bien descansado.

Pasó frente a la habitación rotulada con el número 11. Estaba cerrada. Observó una rendija de luz bajo la puerta. Se detuvo. Escuchó, trató de vislumbrar alguna sombra pasando por esa rendija. Ni vio ni oyó nada.

De pronto, notó un estremecimiento. Era una rara sensación. Como si, al tiempo que observaba alguien le observase. Miró a la cerradura de aquella puerta. Descubrió un cerco diminuto de luz. No tenía la llave puesta. Pero tampoco parecía mirarle nadie a través del ojo de la cerradura. En ese caso, no hubiera visto la luz…

La sensación de ser observado persistía. Miró a lo largo del corredor. Todas las habitaciones estaban ya cerradas. Tras ellas, se escuchaban leves ruidos habituales: alguna silla cambiada de sitio, pasos, crujidos de ropa femenina, una ventana encajándose, una cama chirriando levemente…

Ya desde el umbral de su propia habitación, dirigió una última mirada a la puerta once, Nada. Allí no se escuchaba nada. Como si no hubiera nadie dentro. Pero la señora Dawson y Silas no podían equivocarse. Había un cliente. Un viajero con el rostro vendado. Alguien que nunca se dejaba ver… Y que había llegado tres días antes.

Cerró Vincent su propia puerta. Tras un momento de duda, sin saber la razón, cerró el pestillo y giró la llave. Luego, fue a la ventana. Aseguró los postigos, mientras observaba la calle a través de los vidrios empañados. La llovizna helada se estaba convirtiendo ya en menudos copos blancos. Empezaba a nevar sobre Harrogate. El frío era intenso y las calles mostraban una tonalidad azulada, a la luz de los faroles de gas, desiertas y tristes sus calles.

Corrió las cortinas y se empezó a desvestir. Una vez cómodo, se tendió en la cama, tomando un libro de su maletín. Se puso a leer, mientras fumaba un cigarrillo. No supo el tiempo transcurrido, pero

de repente dejó el libro.

En el piso, en alguna parte del corredor, había chirriado una llave y crujido una puerta. Era un sonido apenas perceptible. Pero el silencio y su agudo oído le ayudaron a captarlo. Saltó de la cama. Estaba descalzo, y sus pies no produjeron ruido alguno.

Se inclinó ante su puerta. Quitó la llave de la cerradura, y apoyó el ojo en el orificio. La habitación once quedaba justamente frente a la suya.

Ahora no estaba cerrada, como antes. Sólo entreabierta. Pero estaba cerrándose en estos momentos.

Vio que la hoja de madera se ajustaba, que quedaba cerrada de nuevo. No captó el girar de la llave. Evidentemente, su ocupante acababa de entrar en la habitación. Eso no era nada anormal. Vincent iba a volver a dormir, cuando captó aquel chasquido de las maderas en el corredor.

Se quedó perplejo. Era como si alguien pisara las tablas del suelo, haciéndolas crujir. Pero no había nadie. Luego, su mirada, por el ojo de la cerradura, captó la leve agitación de un cortinaje, al fondo del corredor, ya donde se iniciaba la escalera. Posiblemente un poco de corriente. Afuera, el viento sonaba a veces ululante en las calles.

Vincent se irguió. Respiró hondo. La noche siempre está llena de ruidos, pensó. Nada se salía de lo corriente. Caminó hacia la cama. Se detuvo de pronto.

Esta vez hubiera jurado que era abajo donde sonaba el leve chasquido de una puerta al cerrarse. Una puerta vidriera, a juzgar por el ruido. ¿La salida de la fonda?

Esta vez llegó a la ventana. La abrió, asomándose al exterior, pese a la nieve y el helado cierzo. Los copos eran pequeños y apenas si cuajaban todavía. El empedrado aparecía mojado, y sólo en los salientes de los edificios, en los tejados y en algunos bordillos de las aceras, iba blanqueando poco a poco.

No vio a nadie. La calle, en toda su extensión, aparecía completamente solitaria. Por lo tanto, nadie había salido de Las Armas de York. Sacudió la cabeza, cerrando otra vez. Se frotó la cara aterida, camino de su lecho.

Evidentemente, empezaba a ponerse nervioso. Sólo así podía explicarse el joven abogado que los ruidos de la noche ventosa y

fría pudieran sobresaltarle de tal modo.

Poco después apagaba la luz y conciliaba el sueño.

Mientras tanto, en otro punto de la población, la muerte cobraba su segunda pieza…

* * *

—¿Quién está ahí?

No hubo respuesta. Tampoco esperaba que la hubiera, pese a los ladridos desaforados del perro. No había visto a nadie a través de la vidriera de la puerta-balcón asomada al jardín, ni era probable que ningún merodeador salvara la alta cerca, rematada en vidrios rotos, punzantes y peligrosos.

El fiscal del condado, el honorable Nigel Elliott, bajó su escopeta, sintiéndose más tranquilo. Gritó a su perro, malhumorado, entreabriendo la puerta-balcón:

—¡Ya basta, «Sultán»! ¡Cállate de una vez!

«Sultán» era un animal obediente siempre a la voz de su dueño. Dejó de ladrar, pero no de gruñir, hosca y amenazadoramente, desde su caseta. La nieve empezaba a cuajar, blanqueando las plantas y setos del jardín.

Nigel Elliott suspiró, dejando el arma en un rincón. Miró el reloj de pie. Las once y media ya. Bostezó. Acostumbraba a quedarse trabajando hasta bastante tarde. Pero la encuesta sobre el asesinato del juez Pentecost le había logrado fatigar considerablemente aquel día. Y total, para nada. El asunto cada vez estaba más oscuro. Sólo disponían de unas pisadas de un pie descalzo, una carta amenazadora… escrita por un hombre muerto nueve años atrás. Y un cuchillo de trinchar carne, manipulado por un asesino sin guantes, pero limpio de huellas, quizá con un trapo empapado en sangre que hallaron cerca del cadáver.

Poca cosa para encontrar a un criminal.

Recogió sus papeles y los guardó en una carpeta. Sería mejor acostarse ahora y reanudar la tarea a la mañana siguiente. Sus ideas estarían más frescas, posiblemente.

Giró la cabeza hacia el jardín, nuevamente irritado. El perro volvía a ladrar furiosamente. Avanzó rápido Elliott. Abrió la puerta-balcón, miró al oscuro jardín, a los copos de nieve, al suelo que iba blanqueando ya en la zona de tierra blanda…

—¡«Sultán», iré a por ti si no callas de una vez! —rugió—. ¿Qué

diablos te pasa esta noche?

De nuevo dejó de ladrar el perro, pero sin dejar de emitir gruñidos hoscos. Esa actitud no era normal en él. El fiscal comenzaba a sentirse preocupado.

Regresó a por la escopeta nuevamente. Comprobó que estaba cargada. Tomó una lámpara de queroseno, y salió con ambas cosas al jardín. Lo recorrió en todos sentidos, hasta el pie mismo de la cerca. No halló nada sospechoso. A su paso, «Sultán» meneó el rabo, con ojos brillantes de complacencia. Pero exhibía sus dientes, sin cesar de gruñir, y dirigía miradas frecuentes a las zonas de sombra del jardín.

Elliott repasó de nuevo esos lugares, con su luz en alto. Nada. Miró a su perro con enfado, agitando la escopeta con aire amenazador.

—Si vuelves a armar jaleo, pagarás las consecuencias —le avisó—. Sabes que no me gustan tonterías…

El animal, abatido, se dejó caer sobre sus patas, metiendo la cabeza contra el suelo. Pero seguía gruñendo en tono muy bajo. El fiscal sacudió la cabeza, con un suspiro, regresando al interior de la casa.

No había llegado siquiera a recoger todas las cosas, disponiéndose a subir a su habitación, cuando el aullido lastimero y agudo del perro le sorprendió bruscamente. Luego, se hizo un silencio extraño y sobrecogedor.

—¡«Sultán»! —jadeó el fiscal, alarmado—. ¿Qué sucede?

Corrió a por la escopeta, una vez más. Saltó al exterior, abriendo con violencia la puerta-balcón. Llegó a la caseta del animal. Se detuvo, lleno de horror.

Una enorme pieza de piedra, un bloque de mármol que servía de adorno a la barandilla del sendero del jardín, había caído sobre la cabeza del infortunado animal. La cabeza del fiel «Sultán» estaba aplastada, hecha una masa informe.

Aquella piedra había estado siempre situada a más de veinte yardas de la caseta. Ningún viento podría moverla. Y menos lanzarla a semejante distancia. Hacían falta unas manos para tomarla y trasladarla. Unas manos fuertes… y criminales.

Ahora sabía que «Sultán» tuvo razón en todo momento. Su pobre perro le avisó varias veces de la presencia de la muerte. Ya no daría

más avisos…

Esta vez alzó la escopeta. La mantuvo ante sí, apuntando a la noche. Los copos blancos caían sobre sus hombros, sus cabellos, su arma. No le preocupaba. Ni siquiera sentía frío. Sólo el frío del horror en su corazón, ante la muerte del fiel animal. El que era capaz de algo así, era capaz también de matar a un ser humano…

—¡Ahora sé que estás ahí, seas quien seas! —rugió Nigel Elliott —. ¡Vamos, sal de tu escondrijo, maldito asesino! ¡Ven ante mí… o te destrozaré la cabeza como tú hiciste con «Sultán»!

En alguna parte, flotando cerca de él, como algo diabólico, sonó una risa humana. Una maligna risa siniestra.

Furioso, el fiscal se revolvió hacia donde sonaba esa risa. No vio a nadie, pero disparó una de las cargas de perdigones de su escopeta. La risa se repitió en otro lugar. Excitado, Elliott giró sobre sí mismo, buscando la presencia fantasmal que se burlaba de él.

Tampoco descubrió a persona alguna. Esta vez dominó su instinto de apretar el gatillo por segunda vez. No quería quedarse inerme ante el enemigo misterioso.

—No vas a salirte con la tuya —silabeó—. ¡No dispararé a lo loco ni un solo cartucho más! Vamos, aún estás a tiempo de impedir que te haga un colador… ¡Sal y entrégate! No me voy a vengar en ti, maldito canalla. Soy fiscal, un hombre de leyes. Te entregaré para que te juzguen por la muerte de un perro, sólo por eso… Pero si sigues oculto, en defensa de mi hogar y de mi vida, podría llegar a quitarte la vida…

Parecía estar hablando solo, pero él sabía que no. En alguna parte, oculto, le acechaba un ser tan vil, tan cobarde, que era capaz de matar a un perro brutalmente, a sangre fría.

De súbito, aquel ser dio señales de vida. Y no las que había esperado Nigel Elliott, ciertamente.

Sobrecogido, el fiscal notó que algo le sucedía a su escopeta. ¡Alguien se la arrancaba de las manos súbitamente!

Forcejeó en vano. Sorprendido, se revolvió un poco tarde. La escopeta le había sido arrebatada un momento antes. ¡Y la vio oscilar, bailotear ante sí en el aire, como si estuviese viva o fuese motivo de alguna magia diabólica!

Y los ojos dilatados del fiscal fueron del arma al suelo. Y allí se quedaron, como petrificados, sin llegar a entender el horror que

presenciaban.

¡Sobre la nieve se iban dibujando, nítidamente, huellas de pisadas… sin que nadie pisara ante él! Unos pies descalzos se marcaban acá, allá, sobre el blanco elemento, como si alguien bailoteara; al mismo ritmo, se movía la escopeta animada, por los aires.

—No… no es posible… —jadeó el fiscal, empezando a retroceder, aterrado—. ¿Qué… qué significa esto? ¡No puedo estar volviéndome loco!

La misma carcajada de antes, retumbó frente a él. Aquella escopeta, de repente, fue volteada y arrojada lejos, entre los setos. Las pisadas en la nieve vinieron hacia él…

Rápidamente, el fiscal saltó al interior de su despacho, cerró la puerta-balcón de golpe, y supo que había sorprendido al enemigo dejándole fuera.

Pero no servía de mucho. Hubo un seco golpe de cristales. Saltó un vidrio, hecho añicos… ¡y el picaporte comenzó a moverse solo, dentro del despacho, como si una mano invisible lo accionara a través del hueco abierto en los vidrios!

La puerta cedió. Se abrió… Unas pisadas húmedas se marcaron en la alfombra, caminando hacia él…

Lívido, con los ojos desorbitados, el fiscal Elliott retrocedía ante aquella invisible amenaza que parecía llegar de otro mundo, acaso de entre los muertos… Quizá un espectro, pensó… Tal vez aquella carta era auténtica… El juez tuvo razón… ¡Duncan Ashley había vuelto de la tumba! Y los espíritus son invisibles para el ser humano…

—No, no… —susurró—. Vete…, ¡vete! ¡En nombre de Dios te conjuro a que te marches, sombra infernal!

Las invocaciones no daban resultado. La risa siniestra retumbó de nuevo en el despacho. El fiscal, exasperado, tomó un quinqué. Lo arrojó, furioso, contra la nada. No debió golpear a nadie, porque se estrelló contra su mesa y sus papeles. El combustible corrió sobre el mueble, prendiendo fuego a cuanto allí había.

De encima de una repisa, alguien tomó un cortapapeles de afilado acero. Bailoteó en el aire, sin forma alguna qué lo manejara. Fue hacia el fiscal, vertiginosamente. Éste chilló, demudado, apartándose. El objeto rezó su mejilla, cortándole profundamente.

Brotó sangre.

El fiscal se tocó la mejilla herida, mirando aterrorizado el cortapapeles. Éste describió un arco ante él, y luego terminó clavándose… sobre el tapizado de un sillón. La mesa era ya pasto de las llamas, con cuantos documentos contenía, y el fuego corría ya por la alfombra, hacia los cortinajes. Pero todo eso no parecía asustar al ser invisible.

Ahora era el atizador del hogar el que era sacado de su sitio y enarbolado en el aire por manos fantasmales. Trazó una serie de piruetas en torno al fiscal, hasta que éste, estremecido, mortalmente pálido, se quedó encogido en un rincón del despacho, sin poder intentar siquiera la fuga. El atizador se aproximó a él, suspendido en el aire. Su mejilla chorreaba abundante sangre.

—Ha llegado tu momento, fiscal Elliott… —susurró una voz espectral, surgiendo de la nada, frente a él—. Como el juez, vas a pagar por la vida que arrancaste… ¡Muere, ésa es mi sentencia! Y para eso he vuelto… ¡Es la venganza de Duncan Ashley!

La voz, ronca y cruel, terminó en una carcajada diabólica. Luego, de repente, el atizador se desplomó sobre el fiscal Elliott. Le golpeó en el rostro brutalmente. Cayó de rodillas, con la nariz quebrada y algunos dientes rotos. Sangró en abundancia. Y antes de rehacerse del salvaje impacto, su gemido se quebró en un estertor.

El atizador había golpeado de nuevo. Esta vez, en pleno occipital de la cabeza del fiscal, hundiéndolo. Cayó de bruces sobre la alfombra. El atizador siguió golpeando hasta que, empapado en sangre, con cabellos adheridos, fue soltado por la mano del criminal. Unos pliegues de una cortina sirvieron para limpiar su empuñadura de toda huella. Era fantástico ver agitarse la cortina por sí sola, limpiando el atizador.

Luego, mientras el fuego crepitaba, extendiéndose a otros muebles, una silla se volcó, entre el fiscal y la puerta-balcón. Ésta se agitó, al pasar alguien al jardín. Nuevas pisadas, en el blanco elemento, marcaron un rastro por el jardín, hacia la alta tapia.

Unos pies que no existían, marcaban huellas en la nieve. Huellas que luego, la propia nieve que caía, iba tapando paulatinamente.

La puerta número once se abrió.

Luego, se cerró de nuevo. Una llave bailoteó en el aire, entrando en la cerradura, por dentro. Giró. El pestillo se corrió solo.

La alfombra se hundió suavemente en algunos puntos, al moverse alguien hacia el espejo del armario. Una vez allí, el ser invisible tomó unas vendas de encima de un mueble. Las enrolló en torno a su cara y su cuello. Era curioso ver flotar las vendas, moverse como si estuvieran vivas, hasta adquirir la forma de una cabeza humana… ¡Una cabeza sin ojos!

Unas gafas negras cayeron sobre la forma de la nariz vendada. Unos guantes se ciñeron bailoteando en el aire, a unas invisibles manos humanas. Luego, prendas de ropa, fueron cayendo sobre la nada, pero se amoldaban a algo corporal, tangible, aunque no visible.

Al final de la operación, el señor Brian Lawford, huésped de Las Armas de York, había reaparecido, surgiendo de la propia nada. Bajo las ropas, las vendas, los lentes negros y los guantes, no había NADA. Pero eso nadie podía saberlo, a menos que le despojaran de esas prendas.

Tranquilamente, Lawford abrió de nuevo la puerta de su habitación. Salió al pasillo. Caminó hacia la escalera. Descendió hasta el vestíbulo. Silas dormitaba al fondo, en servicio de noche, tras el mostrador de recepción.

Tuvo un sobresalto al despertar y verse sobre sí el rostro vendado y los negros lentes insondables del huésped de la habitación número once. Ahora no llevaba macferlán, pero sí levita, chaleco… y guantes. Ni una sola pulgada de piel visible.

Silas pegó un respingo y le miró asustado, pugnando por despabilarse.

—No se alarme, por favor —susurró con tono educado y cortés el huésped—. Sólo que he despertado y sentía algo de apetito. Como no he cenado nada… ¿Podría prepararme un emparedado con un poco de cerveza, por favor? Estaré arriba, esperándolo, se lo ruego.

—Sí, sí, claro… —balbuceó Silas; mirándole aprensivo—. Voy a la cocina. En cinco minutos lo tendrá listo, señor Lawford…

—Muy amable —la mano enguantada se hundió en el bolsillo. Al reaparecer, puso en la mano de Silas una moneda de media guinea—. Esto, por las molestias.

Subió de nuevo a su habitación. Silas fue a preparar el refrigerio. El reloj dio la una de la madrugada. En algún lugar de Harrogate sonaron las campanas estruendosas de los carruajes de bomberos…

# SEGUNDA PARTE: Lo invisible

# CAPÍTULO PRIMERO

LA nevada se había generalizado ya.

Harrogate aparecía blanco en sus tejados, cornisas y salientes de los edificios, así como en calles y plazas. Solamente las aceras mostraban, de trecho en trecho, sucio barrillo o escarcha helada, allí donde transitaba la gente con más frecuencia. El viento helado había cesado, pero la temperatura era gélida, y la nieve no tardaría en endurecerse, si el termómetro no subía un poco, cuando dejara de nevar.

Era domingo y las tiendas y comercios aparecían cerrados. Sin embargo, nutridos grupos cuchicheaban por las calles, especialmente cerca de la capilla donde se habían oficiado las dominicales obligaciones con el Señor.

Vincent Fisher contempló a los ciudadanos reunidos en grupos excitados acá y allá. Suspiró, bajando la cortina de la ventana del comedor, en Las Armas de York, y dirigió una mirada expresiva al constable McDivitt, que calmaba su frío con un café caliente, en pie frente al bien encendido hogar.

—¿Y ahora qué piensa hacer, constable? —preguntó Fisher, sombrío.

—No lo sé, señor Fisher —confesó francamente el policía—. Apenas caliente un poco mi estómago, iré de nuevo a casa del fiscal Elliott. Pero creo que hay poco que ver allí. El forense ya ha examinado superficialmente los cuerpos del fiscal y de su perro. Sabemos que ambos murieron de igual forma, aunque con diferente arma: el cráneo destrozado. Una enorme piedra y un atizador de chimenea, acabaron respectivamente con el can y con su dueño. El hombre que manejó esa piedra, ha de tener una fuerza notable para alzarla de su lugar de emplazamiento original y arrojarla luego sobre el perro. ¡Y éste ni se defendió, según parece!

—Tal vez lo conocía… —sugirió Vince, ceñudo.

—Lo dudo. Hay vecinos que le oyeron ladrar repetidas veces anoche. Luego, escucharon un disparo de escopeta. Hemos comprobado que el fiscal debió disparar el arma una sola vez… Todo eso nos habla de un merodeador, de un extraño, ¿no es cierto?

—Sí, eso parece. —Vince meneó la cabeza, desorientado—. Pero no sé… algo no encaja en todo eso, constable.

—Lo sé, señor Fisher —confesó el policía local, paseando nervioso por el comedor, con la humeante taza de café en la mano—. Algo no encaja. Me lo he dicho a mí mismo cien veces. Un intruso, quizá un desconocido, entra en casa del fiscal. Ladra el perro, dispara la escopeta el amo. Pero ambos mueren con la cabeza aplastada. Ninguno puede defenderse. Es más: Elliott tenía un corte en la mejilla. Hecho sin duda con un cortapapeles que yacía cerca de él… Le hirieron, antes de matarle. Tal vez eso le distrajo y…

—Un momento, constable. Entre este crimen y el del juez Pentecost existen notables semejanzas, ¿se ha dado cuenta? El gesto de horror en el rostro de la víctima, la aparente persecución desde el jardín… Usted ha hablado de un vidrio roto en la puerta-balcón, de pisadas del calzado de Elliott en la acera del jardín, ¿no es cierto? También al juez le persiguieron desde la cocina. También pareció enfrentarse a algo demasiado horrible para morir normalmente. El terror, constable…, el terror en esas caras…, ¿qué puede significar?

—Ya lo he pensado —resopló el policía—. Lo que vieron debió ser algo demasiado horrible, demasiado imprevisto… Algo distinto a todo. Aterrador. Quizá… quizá el fantasma de alguien. Un ser regresado de la tumba…

—¿Duncan Ashley? —Vince hizo un gesto exasperado. Negó con la cabeza—. No. No creo en esas cosas constable. En absoluto.

—¿No cree, en la resurrección de Duncan Ashley? ¿Qué me dice, entonces, de esa carta? No olvide que el fiscal Elliott también intervino en la condena contra Duncan.

—No he dejado de pensar en ello un solo momento, desde que supe del incendio y los dos asesinatos en casa de Nigel Elliott, se lo aseguro —masculló roncamente Vincent Fisher—. Sólo Duncan Ashley sería feliz con algo así. Pero él ha muerto. Y sus restos mortales fueron enterrados en York, trasladados luego a Londres, donde ahora reposan… Está, sin embargo, Patrick Ashley, el

misterioso hijo del criminal… Debió reconocer el fruto de sus amores con una ramera. Luego, ese hijo se ha sentido vengador. Ahí tenemos a George. El pobre diablo se apoderó de cosas que eran de su primo, una vez que lo sepultó. De alguna forma, su vida está arruinada también. No hay duda de que alguna fea jugarreta de Patrick le ha conducido a su actual estado. Un hombre loco, dos asesinados, un perro brutalmente sacrificado. Nos habla todo esto de una persona cruel, despiadada, fuerte y temible. Una persona cuya visión asusta a todos… antes de llegar la muerte.

—Y es alguien que está aquí, señor Fisher. Que ahora vive en Harrogate, maldita sea… —se lamentó el policía—. ¿Quién podrá ser? ¿Dónde se oculta?

—Sabemos un nombre nada más: Patrick Ashley. Pero eso nada nos dice. Desconocemos su aspecto físico… Podría ser cualquiera, bajo un nombre supuesto.

—Sí, pero ¿dónde? Hay pocos forasteros en Harrogate, señor Fisher. Y menos aún, que puedan ser el asesino. Recuerde esa piedra enorme. Tiene una fuerza poco común. Usted parece fuerte, y perdone el comentario. También ese doctor Hayles… ¿Ha visto sus manazas? Son terribles. Pero usted no puede ser Patrick Ashley. Ni tampoco el doctor. ¿Dónde busco, en ese caso?

—Supongo que existirá un hotel, que habrá habitaciones alquiladas a gentes forasteras… —Se encogió de hombros Vince—. Busque por ahí. No sé qué decirle más. Es su trabajo.

—Claro —apuró su café. McDivitt se encaminó hacia la salida—. Es mi trabajo… Hasta luego, señor Fisher. Voy a volver a él.

—Suerte, constable —y añadió irónico, mientras volvía a mirar al nevado exterior—. Por cierto, ¿se ha fijado en que usted también es un hombre muy fuerte?

McDivitt le miró, soltó un bufido, y abandonó el parador con un seco portazo. Se alejó por la calle nevada. Vince contempló, distraído, las huellas que los pies del policía iban dejando en la blanca alfombra.

—¿Preocupado por algo, señor Fisher?

Bajó la cortina. Se volvió, despacio. Miró a la mujer que le preguntaba.

—Sí, bastante, doctora Castle. ¿Usted no?

—Veo que estamos en igualdad —sonrió ella—. Ambos nos

conocemos, Y ambos sentimos preocupaciones.

—Incluso nos preocupamos el uno del otro, doctora Castle. ¿Por qué? —Y enarcó las cejas mirándola muy fijo.

—Supongo que por… por lo que está sucediendo en Harrogate.

—¿Usted ha venido por ello?

—Parece saber que sí. Lo mismo que a usted, me atrajo la muerte del juez. Y la historia de esa amenaza de ultratumba… Tenía mis motivos para ello.

—¿Motivos? ¿Cuáles? Yo era amigo del juez Pentecost. Y soy abogado criminalista. Usted, sólo es doctora en Medicina. ¿Tiene algo que ver con un crimen?

—Podría tener mucho que ver —la doctora Marsha Castle bajó sus oscuros ojos. Vince observó su bella y joven figura, el tono azabache de su cabello. Tras una pausa, ella prosiguió sin mirarle—: Ya no es sólo un crimen. Son dos.

—Tres, diría yo —rectificó Fisher, suavemente—. Hay un perro muerto. Según, cómo se mata a un animal, puede ser un crimen.

—Estamos de acuerdo. Ese ser puede matar cuantas veces lo desee. No tiene conciencia. Es como si se repitieran hechos de hace mucho tiempo, cuando yo estudiaba Medicina y era sólo una muchacha… Mi maestro, el profesor Alfred Blacke, era un gran conocedor del cuerpo humano. Pero también de la gente.

—Alfred Blacke… —suspiró Fisher—. Lo recuerdo.

—¿Usted… lo recuerda? —se asombró ella.

—Nos hemos visto antes de ahora usted y yo, doctora Castle. Pero usted no puede recordarme. Yo sí. Era espectador. Y usted protagonista. Una conferencia en York.

—Ya imagino qué conferencia… ¿Recuerda el tema?

—Claro. Alfred Blake y su inquietud investigadora. Sus hallazgos, sus estudios del ser humano, de su estructura, de ciertos fenómenos… Sus fármacos y drogas…

—Era un gran hombre —los ojos de la doctora Castle se perdieron en la calle nevada—. Y una mano criminal terminó estúpidamente con él…

—Duncan Ashley —recordó Fisher, sin quitarle los ojos de encima.

—Exacto. Mi compañero, el doctor Hayles, de Londres, también le conoció. Sabía en lo que trabajaba últimamente, cuando ese

asesino terminó con él, en un hotel de York… Al otro día, el profesor Blake iba a dar una conferencia sobre algo revolucionario que había descubierto… Nunca se supo lo que era. Duncan Ashley entró en su habitación para robarle, fue sorprendido… y le mató. Estúpida y cobardemente, mató a un gran científico, Fisher. Le quitó dinero, un reloj de oro, anillos… Era de esa clase de hombres. Un psicópata, capaz de robar y matar por un beneficio mínimo.

—¿Y todo eso justifica que usted haya venido a Harrogate? ¿Lo justifica también respecto a su colega, el doctor Hayles, viniendo de tan lejos? ¿Qué esperan encontrar aquí?

—A un asesino —murmuró con voz apagada la doctora Castle.

—¿No es eso tarea de la policía? —replicó él, irónico.

—La policía no ha encontrado todavía a nadie —sonó la voz grave del doctor Peter Hayles, desde la entrada del comedor—. Y, por otro lado, ellos sólo buscan algo: un criminal, un culpable. Un hombre capaz de matar.

—¿Y ustedes no? ¿Qué más pueden buscar en Harrogate, señores?

—Algo que perteneció al profesor Blake —suspiró el biólogo londinense, acercándose a ellos con paso lento—. No sólo le fue robado dinero esa noche… También algo más: un bloc de notas, una agenda con una serie de fórmulas químicas importantísimas. Especialmente una de ellas… puede alterar la faz del mundo, Eso es lo que la doctora y yo buscamos en Harrogate, señor Fisher.

—¿Qué clase de fórmula es ésa? ¿Están seguros de que la tiene ese asesino?

—Si es el hijo de Duncan Ashley hay muchas probabilidades de que la fórmula esté en su poder —asintió la doctora Castle—. Y quizá ni él mismo conozca su auténtico valor.

—Me gustaría conocer su naturaleza.

—Por el momento, es un estricto secreto —suspiró ella—. No podemos hablar de algo tan confidencial. Sí corriera la voz, si alguien llegara a enterarse… sería capaz de ayudar al asesino a evadirse, a cambio de esa fórmula.

—¿No pueden darme, cuando menos, una pista al respecto?

—Imposible —rechazó el doctor Hayles—. Vale más que lo ignore, señor Fisher. Es un asunto demasiado grave para andar divulgándolo. Bástele saber que quien alcanzase esa fórmula y la

pusiera en práctica, podría ser poco menos que el amo del mundo.

—¿Tanto significa? —Pestañeó Vince, perplejo.

—Mucho —el doctor Hayles tomó a la doctora Castle por un brazo—. Nuestra misión consiste, fundamentalmente, en impedir que ese hombre, el asesino, sea muerto antes de revelar el paradero de la agenda del profesor Blake… Y no será una tarea fácil, ya puede usted darse cuenta. ¿Vamos, doctora Castle? Me gustaría visitar la casa del fiscal Elliott. El constable McDivitt nos ha autorizado a ello… ¿Viene usted, señor Fisher?

—No, gracias —rechazó él, moviendo la cabeza en sentido negativo—. Creo que no encontraría allí nada de particular que no me haya sido ya referido… Las muertes, en sí, no encierran misterio alguno. Es una venganza, eso es obvio. Sabemos el móvil. Y conocemos al culpable: el hijo de Duncan Ashley. También sabemos que lo que ven al morir las víctimas les causa tal terror, que desfigura sus facciones. Es el único punto oscuro. ¿Cómo les atemoriza hasta ese punto su agresor?

—En Harrogate dice la gente que porque el asesino es el resucitado —sonrió escépticamente el doctor Hayles—. Un ser regresado de la tumba, asustaría a cualquiera, ¿no cree?

—Sí, pero no acepto esa teoría, y veo que usted tampoco, doctor —rió entre dientes Vincent Fisher—. Por tanto, seguimos ignorando qué vieron las dos víctimas al morir… Quizá cuando sepamos eso, habremos descubierto la verdad sobre estos sucesos.

—Quizá —aceptó el doctor, encogiéndose de hombros—. De todos modos, deseo examinar el escenario del suceso… Nos veremos más tarde, señor Fisher.

Abandonaron la fonda. Vince salió del comedor, pasando hasta el vestíbulo. Allí se encontró con la señora Dawson, que hablaba con Silas animadamente. Captó algunas palabras, aun sin quererlo.

—… Y naturalmente, tuve que prepararle el refrigerio. Pero tiene unas ocurrencias el señor Lawford… Ya era más de la una cuando le picó el gusanillo del hambre, diablo…

—Hoy, en cambio, no ha almorzado —suspiró la dueña de la fonda, con gesto resignado—. Hay que aceptar sus extravagancias, Silas. Paga bien y por adelantado. Y da buenas propinas.

—Oh, eso sí… —asintió Silas, entusiasmado—. Sólo por ese favor, me dio media guinea.

—¿Hablan del vecino de la habitación número 11? —preguntó curiosamente Vince, metiéndose en la conversación.

—Exacto, señor Fisher —afirmó la patrona, contándole brevemente la anécdota—. Y pensar que a esa misma hora estaban matando en alguna parte al pobre señor Elliott, el fiscal…

—Oh, por entonces debió ser —admitió Silas, ceñudo—. Oí las campanas de los coches de bomberos, cuando terminaba de preparar el refrigerio en la cocina.

—Vaya, es toda una coartada para el señor Lawford —comentó irónicamente Vincent—. Nadie podría acusarle de nada en buena lógica, cuando aproximadamente a la misma hora, estaba pidiendo un refrigerio al buen Silas… ¿Lo hace frecuentemente a iguales horas?

—Oh, no, no. Nunca lo hizo, excepto anoche.

—Ya —los ojos de Vince fueron a la escalera, a su parte alta—. ¿Está ahora arriba?

—Sí, siempre está —dijo la señora Dawson, encogiéndose de hombros—. No ha comido.

—¿Cuál es la profesión y el punto de origen del señor Lawford, señora Dawson? —preguntó súbitamente Vincent, inclinándose hacia ella con su mejor sonrisa de cortesía.

—Señor Fisher, no sospechará usted de ese caballero… —se escandalizó ella, mirándolo entre sorprendida y halagada por la proximidad del cliente, que rozaba con su brazo el de la hostelera —. Es respetable y el pobre tuvo un accidente al quemarse el rostro y…

—Sé todo eso. No sospecho de nadie. Pero me gustaría conocer su origen y oficio.

—Bueno, no es reglamentario, pero dada su personalidad, señor Fisher… gustosa le facilitaré tales datos. Espero no diga a nadie todo esto… —Y ojeó el libro-registro.

—Soy una tumba, señora Dawson —prometió Vince, oprimiendo el brazo de la hostelera con sus dedos. Observó astutamente la emoción de ella por el rasgo de familiaridad. Era una viuda fácil de manipular, si el manipulador era un hombre joven y arrogante—. Gracias por su atención…

Ya tenía ante sí la página del libro. La examinó atentamente. Leyó el registro, hecho con letra redonda cultivada y de suave trazo.

Según lo que le dijera McDivitt sobre la carta de Duncan Ashley, un trazo que no se parecía en nada a aquel otro.

**BRIAN LAWFORD. — QUÍMICO. — LONDRES**

—Químico… —recordó vagamente algo que dijera el doctor Hayles poco antes; «… una serie de fórmulas químicas importantísimas… Especialmente una de ellas… puede alterar la faz del mundo… Hay muchas posibilidades de que la fórmula esté en poder del hijo de Duncan Ashley… y que quizá ni él mismo sospeche su valor…». Pero había algo que ni el doctor había sospechado siquiera. Que el hijo de Ashley pudiera ser… un químico. Eso explicaba las quemaduras faciales, respecto al caballero Lawford, pero ¿eran Lawford y Ashley júnior la misma persona?

—¿Complacido, señor Fisher? —quiso saber la señora Dawson, mirándole con coquetería.

—Sí, gracias —se incorporó, tomando su llave del casillero—. Ha sido muy amable, pero no creo que eso aclare nada. Como usted dice, el señor Lawford debe ser todo un caballero. Buenas tardes. Creo que voy a descansar un rato…

Subió las escaleras con rapidez. Se detuvo frente al número once. Como la noche anterior. Ahora, de día, no podía saber si había luz dentro. Trató de escuchar, para captar algún sonido dentro.

Nada. El silencio era absoluto. Y, bruscamente, Vincent tomó una decisión.

Golpeó la puerta con los nudillos. Dos veces, y con cierta energía.

Esperó en tensión. Tenía que producirse alguna reacción en el ocupante de la número once.

Sin embargo, no fue así. Nadie respondió a su llamada. Y, lo que era más raro, tampoco captó movimiento alguno dentro de la habitación. Se agachó. Trató de mirar por la cerradura. No supo si era una llave o algo colocado en el orificio para taponar la visión. Pero sólo captó una oscuridad total.

Resuelto, insistió en su llamada, con mayor fuerza. Golpeó enérgicamente. Dispuesto a todo. Mientras tanto, manipulaba mentalmente unas cuantas explicaciones posibles para el momento

en que Brian Lawford abriese la puerta.

Nadie abrió. Nadie dio señales de vida en el interior. Irritado, probó una vez más, casi con estruendo. La madera crujió bajo sus golpes.

—Cielos, ¿qué sucede? Me asustó usted…

Giró la cabeza Vincent. La puerta de otra habitación al lado opuesto, se había abierto. Muriel Foster había asomado a la puerta. Abotonaba una blusa con premura sobre sus senos juveniles. Parecía asustada.

—Lo siento —manifestó Vince, con un asomo de sonrisa—. No quise molestarla a usted, señorita Foster.

—No se disculpe —curiosa, miró la puerta número once—. ¿Conoce usted a ese huésped?

—No. Pero quería conocerlo. Sin embargo, parece que se niega a salir o atender cualquier llamada.

—Quizá no esté en la habitación… —arguyó ella, dubitativa.

—Está, seguro. No abandona nunca su cuarto, según la señora Dawson, De todos modos, no volveré a intentarlo, por no molestarla a usted.

—No me molestó. Estaba descansando un poco. Me pasé esta mañana en la vivienda del fiscal Elliott, tomando apuntes para mi reportaje al Clarion. Pero no había llegado a dormirme. Quizá sea mejor que haya subido usted y golpease esa puerta. Así me animaré a bajar, e incluso a salir de la fonda, pese a la nevada… ¿Usted no sale?

—No pensaba hacerlo. Pero creo que me animaré, si usted me acompaña —sonrió Fisher.

—Bueno, eso está mejor —sonrió ella, risueña. Y señaló la puerta once—. De algo ha servido su intentona de conocer al misterioso señor Lawford… Y le confieso que yo también ardía en deseos de ello. Pero creo que todos estamos condenados al fracaso. Esa puerta no se abre fácilmente.

—Anoche se abrió —confesó secamente Fisher, con gesto abstraído.

—¿De veras? —Abrió mucho la periodista sus grandes ojos azules—. ¿Usted lo vio?

—Sólo la puerta. A él, no. Más tarde, de madrugada ya, bajó a pedir un refrigerio. Por entonces, ya el fiscal Elliott había muerto…

o estaba muriendo en esos momentos.

—Qué horrible idea se le ha ocurrido… —Ella se hizo a un lado, invitándole a entrar en su alcoba, con la puerta abierta. Pase, por favor; estoy lista enseguida. ¿Acaso sospecha usted de ese hombre?

—Fue solamente una asociación de ideas. Pero lo cierto es que nadie ha visto aún el rostro de Patrick Ashley, el misterioso hijo de Duncan Ashley. Ni el rostro del asesino. Ni, casualmente, tampoco el rostro de Brian Lawford.

—Usted lo ha dicho —sonrió la joven periodista—. Puede ser casual. Por el momento, sólo es una idea a tener en cuenta. Nada más.

—Puede serlo.

—A veces, me parece usted más un policía que un abogado, señor Fisher.

—Pues sólo soy un abogado. Y, por favor, no me llame «señor Fisher». Es horrible cómo suena en labios de una joven como usted. Me llamo Vincent. Vince, para los buenos amigos.

—Yo me llamo Muriel. Y me gusta así, Vince —le guiñó ella un ojo—. Espero que, realmente, seamos buenos amigos.

—Lo seremos, no lo dude —sonrió Vince.

Muriel Foster estaba ya lista. Salieron al corredor. La joven periodista cerró la puerta de su habitación y se colgó jovialmente del brazo de Vince, que sonrió ante su familiaridad. En la muchacha londinense que escribía en el Clarion, actos así resultaban frescos y espontáneos. Era una muchacha sin prejuicios.

No obstante, al llegar al segundo escalón, se detuvo de repente. Giró la cabeza, sin soltar a su acompañante. Vince notó su repentina rigidez. La interpeló:

—¿Y bien? ¿Qué le ocurre ahora, Muriel?

—No sé… —Ella enarcó sus cejas. Vince siguió la dirección de sus grandes ojos azules, muy fijos en alguna parte, allá arriba. Se encontró con la puerta número once. Ella explicaba ya, con voz grave—: Me pareció que alguien nos miraba, que había alguien en el pasillo, junto a esa puerta… Pero, evidentemente, me equivoqué. No había nadie, Vince. Perdona.

Y jovialmente, siguió adelante con Vince, olvidado ya el incidente, al parecer.

Sin embargo, Vincent Fisher no olvidaba tan fácilmente. No

había sido ahora tan sensible como Muriel en lo preceptivo, pero sí lo había notado anteriormente en otras ocasiones. Estaba seguro, realmente, de que ese «alguien» vigilaba, pero ¿desde dónde?

¿Desde detrás de la puerta número once? ¿O había otra posibilidad que él no intuía?

# CAPÍTULO II

—SÍ, señora Dawson. Necesito esa botella de *whisky*, por favor… Es domingo, y está todo cerrado… ¡Necesito beber un poco!

—Por favor, señora Maitland, ¿es que no puede usted esperar a mañana, a que abran los establecimientos, para adquirir su *whisky*? —Se irritó Gladys, la doncella, que atendía ahora el bar de la fonda.

—No, jovencita. No puedo. La sed la tengo ahora. Y la necesidad de beber. También ahora mismo —insistió, dando un golpe en el mostrador—. Además, ¿quién la ordena a usted meterse en lo que no le importa? ¡Es a la señora Dawson a quien le pido el favor de venderme una botella, no a usted!

—Está bien, no te metas en esto, Gladys —suspiró la señora Dawson desde la cocina, asomando al mostrador—. Sírvele lo que pide. Pero recuerde, señora Maitland, que no estoy autorizada para vender licores al exterior. No le cobraré esa botella, por tanto. Usted me la devolverá mañana y asunto concluido. Y le agradeceré que no vuelva por aquí con semejantes peticiones.

—Señora Dawson, le estoy muy agradecida —murmuró la cliente—. Le aseguro que no hubiera venido… de no ser por la muerte del pobre fiscal Elliott… ¡Dios mío, qué miedo tengo! Necesito beber para sentirme algo valerosa, créame…

—¿Miedo? ¿De qué? —se sorprendió la hostelera—. ¿Por qué motivo?

—¿Es que no se da cuenta? ¡El juez Pentecost y el fiscal Elliott, asesinados en sólo tres días de plazo! ¡Los dos! ¿Y todo por qué? Porque acusaron y sentenciaron a muerte a Duncan Ashley, por el asesinato de la pobre señora Townsend, en Harrogate, tras haber matado a otro hombre en York, y otras personas en Leeds y en Manchester. ¿Y qué va a ocurrirme a mí, señora Dawson? ¿Qué puede ocurrirme a mí, que fui testigo de cargo contra el acusado, al haberle visto salir de la casa de la señora Townsend, todavía con

sus ropas ensangrentadas? ¡El fantasma del asesino me matará! ¡Va a vengarse también en mí! ¿Es que no lo entienden?

—Vamos, vamos, señora Maitland, no debe temer nada —la tranquilizó la señora Dawson—. Un testigo no es lo mismo que un juez o un fiscal… Ahora, es posible que le toque el turno al verdugo, pero a nadie más… Váyase tranquila a casa. Pero si beber la alivia, beba usted. Y una feliz borrachera, amiga mía…

—Se burla —casi gimió la mujer, abrazada a la botella de buen scotch que le había entregado Gladys en ese momento—. Se burla de mí, señora Dawson, como se burlan todos. Pero yo sé que él me persigue, que me acecha, me vigila… ¡Y tengo miedo, mucho miedo!

Sollozando, abandonó Las armas de York y se perdió calle abajo, sobre el empedrado cubierto de nieve, sus zapatones iban dejando profundas huellas. La nieve seguía cayendo, aunque con menor intensidad, y borraba en parte esas señales.

—Esa pobre mujer… —comentó Gladys, meneando la cabeza—. Está loca, si piensa que el asesino va a preocuparse de ella… Todo el mundo sabe que esta bebida las cuatro quintas partes del año. Pero vive pensando siempre que su testimonio sirvió para enviar a Duncan Ashley a la horca. Claro que si eso la hace feliz…

La señora Dawson asintió a las palabras de su doncella. Luego recordó algo.

—Gladys, sube a recoger el servicio de té del señor Lawford. Lo dejé ante su puerta, como las otras tardes. Supongo que ya lo habrá tomado… Son casi las seis y media. Dentro de poco tendremos aquí a los demás huéspedes esperando para la cena.

—¿Es cierto que el señor Fisher salió con esa periodista, la señorita Foster? —preguntó Gladys, como al azar, mientras salía del bar para cumplir las órdenes.

—Sí. ¿Qué te importa a ti eso, Gladys? ¿O es que también te has fijado en el guapo abogado de York? —preguntó la señora Dawson con sarcasmo.

—¿Por qué no? —la desafió Gladys, hinchando su voluminoso seno—. Tengo tanto derecho como cualquiera, por muy doncella que sea. Usted también le echa miraditas, señora…

—¿Yo? —se escandalizó la hostelera—. Gladys, eres una impertinente. Sube a recoger ese servicio. Procuraré olvidar lo que

has dicho. Vamos, ve pronto.

—A sus órdenes, señora —replicó la doncella, irónica, saliendo del bar.

Airadamente, subió las escaleras. Se detuvo ante el cuarto número once. Miró con mal humor al suelo. La bandeja seguía allí. Con la tetera, la taza cubierta por la servilleta, y las pastas en su bandeja, bajo la tapa de plata. Todo intacto. El huésped no se había dignado recogerlo siquiera.

—El dichoso señor Lawford… —refunfuñó entre dientes—. ¡También yo iba a servirle emparedados de madrugada, aunque me diese propinas de varias guineas! ¡Comería a sus horas o se moriría de hambre en su madriguera!

Y llevada por su disgusto, golpeó varias veces la puerta. Llamó con tono agresivo:

—¡Eh, señor Lawford! ¿Es que piensa usted morirse de hambre en esta fonda? ¡Empiezo a estar harta de tanta rareza y tanta excentricidad! ¡No me importaría irme de la fonda, si antes pudiera decirle a usted cuatro cosas que pienso de los huéspedes de su calaña! ¿Me escucha o no, maldita sea? ¡Vamos, asome de una vez su cara, aunque esté cubierta de trapos!

Y golpeó varias veces más, sin obtener respuesta. Ya iba a irse, airadamente, con su bandeja, cuando una malévola idea cruzó su mente. Dejó la bandeja sobre un taburete cercano. Y llevó la mano a su delantal.

—Bien… —dijo, con un destello malicioso en sus ojos—. Si el señor huésped chiflado no abre su puerta para dejarse ver…, ¡yo lo haré, le guste o no!

Ni corta ni perezosa, metió la llave en la cerradura. La hizo girar. Era una llave maestra, para el servicio. Abría todas las puertas. Se quedó mirando la habitación, en perfecto orden, pulcra y cuidada. La ventana entreabierta, la cama sin deshacer… Hacía frío, pese a la estufa. Y, desde luego, estaba vacía. Ni rastro de Brian Lawford.

Entró. Cerró tras de sí. Caminó hacia el colgador, perpleja. Contempló en él el macferlán, la levita, el sombrero de peluche y alta copa de reflejos, el chaleco, la camisa, el pantalón, los botines, medias y guantes encima de una silla… Y las vendas.

Todas las vendas y los lentes negros, sobre otro mueble.

Cuidadosamente depositado todo. Pero ¿dónde estaba él? ¿Adónde podía ir un hombre… desnudo?

Con aquel frío, en pleno día…, Incluso vio un calzón y una camiseta en el lecho. Ni siquiera ropa interior. Aquello era absurdo. Además, nadie le había visto salir de la fonda. Asomó a la ventana. La puerta se cerraba en aquel momento, en la entrada a Las Armas de York. Varias personas habían entrado. Quizá los huéspedes, de regreso.

Tenía que apresurarse. O la sorprenderían allí dentro. Caminó con rapidez hacia la puerta. Ahora sabía que tampoco pudo utilizar la ventana para saltar. Era demasiado estrecha. Y las aceradas puntas de una verja de la casa inmediata, caían justamente al pie de aquella ventana. Quien utilizara esa salida, podía terminar fácilmente ensartada por los pinchos de hierro.

Se detuvo de pronto, atraída por algo más: aquel frasco sobre la mesa. Y aquella serie de elementos de química, en un estuche entreabierto… Sabía poco de eso, pero podía identificar tubos de ensayo, retortas y matraces… El frasco, sin embargo, era el más fascinante. Contempló su contenido, de un suave tono azulado. Estaba mediado de contenido.

Tenía una etiqueta adherida. Pero estaba en blanco. Lo tomó, curiosa. Agitó el líquido. Era espeso, como mermelada. Pero no había confituras de ese color. Lo destapó. Un olor dulzón, agradable, llegó a su olfato. Dudó. Podía ser… veneno. O una extraña droga…

Tuvo miedo. Subían por las escaleras. Charlaban en voz alta. Reconoció algunas voces: Vincent Fisher, el guapo abogado criminalista… Muriel Foster, la reportera de Londres… El doctor Hayles y la doctora Castle. Todos. Todos… menos él. Brian Lawford.

Respiró con alivio. Aquella rara voz ronca de él, era inconfundible. No la percibió en ningún momento. Además, si nunca veía salir o entrar a Lawford, ¿por qué había de ir con ellos esta vez?

Tuvo una decisión repentina y absurda. Atrevida también. Temeraria incluso. Se llevó el frasco a la boca. Tomó un trago de aquel líquido. Sabía agridulce. Le produjo un gran calor al entrar en su estómago. Cerró el frasco, asombrada de su audacia.

Sé quedó quieta. Dejó el frasco sobre la mesa. Respiró

profundamente. Se apoyó en el muro. Sentía calor. Mucho calor. Y náuseas. Y cierto sudor viscoso…

—Dios mío… —jadeó—. ¿Sería… sería realmente un veneno?

Miró sus manos temblorosas. Asustada, echó a andar por la habitación, sin saber qué hacer. Podía salir ya, porque las puertas se habían cerrado, las voces no sonaban… Pero todo le daba vueltas. Estaba demasiado mal para… para bajar las escaleras ahora. Estaba segura de caer dando volteretas hasta abajo. Sería escandaloso.

—¿Por qué? ¿Por qué he tenido que probar eso? ¡Es una locura! —gimió.

Se miró en el espejo del armario. Estaba pálida, muy pálida. De un color céreo, que a veces incluso parecía azulado… Si la veían así, le preguntarían qué sucedía, qué la había producido ese estado general… Y ni siquiera sabría qué decirles…

Pero… pero ¿qué estaba sucediendo allí, en el espejo?

—Dios mío… No es posible… —gimió—. ¿Qué me ocurre en los ojos? No… no veo bien…

Pero no era eso. Sí veía bien. La habitación, el espejo, los objetos, la luz… Todo. Todo… menos ella misma. Su imagen se estaba diluyendo en el espejo. Como si se borrase lentamente… ¡como si desapareciera!

Su rostro, su cabello, sus ojos, su boca, sus brazos, su cuerpo todo, excepto sus ropas, ¡estaba volviéndose translúcido primero, transparente después! Como si en vez de piel, huesos y carne, estuviera hecha de vidrio limpísimo…

Se miró las manos. ¡No era sólo en el espejo! Ya no las veía… ¡No tenía manos ni brazos! Era… era un traje de mujer colgando de la nada…

Emitió un grito ronco, y no había ya boca que formulase el sonido, aunque lo escuchó. Se movió, y su vestido bailoteó grotescamente, sin nadie dentro.

Gladys ya había desaparecido totalmente.

—Esa droga… —gimió—. ¡La droga me… me hace invisible…! ¡No existo! ¡No me veo!

Horrorizada, golpeó una mesa con sus manos no visibles. Ante su asombro, la mesa se astilló, partiéndose en dos, como si tuviese de repente la fuerza de un titán. Reculó, tambaleante, angustiada. Aquella visión de sus ropas vacías, sin nadie dentro, le causaban un

tenor vivo, delirante. Se precipitó contra la pared, sollozando. Luego, llevada de repentino impulso, se abrió su blusa ante el espejo. Sus pechos generosos no existían. ¡No había nada detrás de las telas de su vestido!

Ahora, repentinamente, las vendas, las gafas negras, los guantes, las ropas allí colgadas, cobraban un espantoso, alucinante sentido nuevo. Ahora, ella sabía…

Pero era tarde. Demasiado tarde para revelar a nadie esa terrible verdad. Cuando la viesen en su actual estado, escaparían horrorizados. Le darían caza como a un monstruo. Incluso es posible que la creyeran culpable de los crímenes… El gesto de terror de los hombres asesinados… ¡Cualquiera revelaría igual terror al verse frente a un ser invisible…!

De repente, se dio cuenta de lo peor. Pero ya era tarde.

No estaba sola.

La puerta de la habitación acababa de abrirse y cerrarse. Suave, casi sigilosamente, a sus espaldas. Se volvió, angustiada. Aún vio la llave volar por la habitación y aterrizar en una mesa. Trató de saber dónde estaba el recién llegado. Porque él, ciertamente, estaba allí, ahora…

—Señor Lawford… —susurró Gladys, con voz rota—. Es usted, lo sé… Ahora lo sé todo… Lo siento… No quise hacerlo. Pensé que sería… otra cosa. ¿Cómo puedo… arreglarlo?

—Entrometida… —masculló la ronca voz inconfundible—. Maldita entrometida… Ahora ya es tarde. No puedes hacer nada. Nada por evitarlo. Ni puedes hacer nada por salvar tu vida…

Gladys comprendió demasiado tarde la horrible suerte que la aguardaba. Trató de hacer algo. De gritar, de escapar, de llamar la atención. Era inútil. El enemigo invisible era demasiado poderoso. Demasiado fuerte, aun sintiendo ella que sus fuerzas habían crecido considerablemente al sentirse bajo los efectos de la extraña droga azul.

Una forma no visible le tapó la boca. Notó el roce, la presión de una mano que no le era posible ver. Al mismo tiempo, un cuerpo desnudo tocó el suyo. Unos brazos fantasmales la envolvían en un férreo abrazo.

Luego, el asesino no perdió el tiempo. No jugó con ella, como sin duda lo había hecho con las anteriores víctimas. No tenía

ocasión adecuada. Ni tiempo para ello. Se limitó a conducirla hasta una pared, donde la golpeó violentamente. Ella se sentía prisionera de aquel invisible lazo de un ser dantesco, increíble… a quien era imposible descubrir. Porque él ni siquiera llevaba ropas para ser localizado. Era sólo un cuerpo desnudo. Y de una desnudez inconcebible como la que ella viera en el espejo al buscar su rostro, sus brazos, sus manos, sus senos…

Aturdida por los golpes en el muro, Gladys trató de forcejear, de luchar. Notó que era mucho más fuerte de lo normal. Pero también su enemigo lo era. De repente, horrorizada, descubrió que algo flotaba en el aire, ante ella. Era una navaja. Una navaja surgida de sólo Dios sabía dónde…

No pudo gritar. Aquella presión invisible en su boca lo impidió. Luego… notó un helado y profundo impacto en el seno izquierdo. Algo afilado, glacial, penetró en su cuerpo dolorosamente. Luego, del vacío, de la nada, de debajo de su blusa desabotonada, sin pechos femeninos debajo, saltó la sangre.

Y la sangre sí era visible.

La sangre brotó en surtidor escarlata, como naciendo del vacío. Corrió sobre el aire, pero dibujó las curvas de un cuerpo humano bajo los botones sueltos de la blusa de la doncella. Y empapó sus ropas.

El golpe de navaja había sido asestado con mortífera precisión. Justo sobre el corazón de la víctima. Debió partir en dos el órgano cardíaco de la muchacha. Gladys sintió que todo se nublaba ante ella. Que la vida escapaba de su cuerpo por aquel boquete terrible.

Entonces comprendió que había sido un gran error entrar en la habitación once. Y tomar aquella jalea azul, del misterioso frasco… Y no escapar a tiempo…

Pero fue todo lo que pudo pensar antes de desplomarse en el suelo. Los brazos invisibles la soltaron. Golpeó de bruces las tablas de la habitación. Y allí se quedó quieta, sin vida. Parecían unas ropas extrañamente infladas de aire, y nada más. Sólo la sangre fluía del vacío, encharcando el suelo.

El asesino invisible debió moverse por la habitación. Hubo leves crujidos en las tablas. La alfombra central cedió a unas pisadas espectrales. Una voz ronca maldijo entre dientes. Era obvio que la muerte de Gladys no complacía a su asesino. Era una muerte con la

que en ningún momento había contado.

Luego, comenzó a arrastrar el cuerpo del que sólo las ropas eran visibles. La cofia había caído de la invisible cabeza de Gladys. Sin embargo, momentos después, una forma cristalina comenzó a materializarse en el suelo, Además de la sangre, una estructura humana cobró forma.

¡Gladys volvía ser visible, de forma pausada!

El asesino se detuvo en su acción. Esperó. En cosa de segundos, Gladys recuperó su forma, su apariencia. Pero era sólo un cadáver. El color de la cera se había extendido definitivamente sobre su rostro. Los ojos desorbitados, revelaban horror. Un horror que ella misma había conocido en su persona, antes de morir.

—Estúpida… —jadeó la ronca voz, en el silencio de la habitación—. Ahora, debo deshacerme de ti. Y lo antes posible… sin dejar rastros.

Tarea que el asesino invisible inició inmediatamente.

# CAPÍTULO III

EMPEZABA a sentir aprensión hacia la noche.

Vincent Fisher se apartó de la ventana de su habitación. Las calles de Harrogate mostraban un fantasmal aspecto, blanco y azul. Era el juego de las sombras nocturnas, de la luz de gas y de la altura de la nieve en suelos, fachadas y tejados. Un espectáculo muy bello, a fin de cuentas.

Pero hasta la belleza podía encerrar algo terrible. Lo presentía. En la noche, eran siempre más fáciles los movimientos de los asesinos. Más fácil ser atacado. Sobre todo, si ese ataque venía de las propias sombras. Quizá de ultratumba…

La visita de esa tarde al constable McDivitt, en compañía de la periodista londinense, la joven y audaz Muriel Foster, había sido provechosa, en cierto modo. Al fin pudo ver el mensaje misterioso de Duncan Ashley, recibido por el juez Pentecost en vísperas de su trágico final. Él y Muriel lo habían examinado a fondo.

Ambos debieron pensar lo mismo. Porque antes de que él emitiera una opinión al respecto, la muchacha había aventurado la suya:

—Puede que no sea una falsificación. Pero… ¿de cuánto tiempo data? El papel color crema puede ocultar muy bien el amarillento del paso del tiempo…

Fue una idea clave. Muriel se anticipó a su sugerencia. Eso demostraba que era inteligente. Y rápida de pensamiento. McDivitt vio las cosas bajo un nuevo prisma.

—Sí… —admitió, sorprendido—. Es lo único que no se nos ocurrió mirar…

Y había redactado un telegrama, solicitando un experto de laboratorio de Londres, para confirmar la posible antigüedad del documento…

Por su parte, Vincent acababa de recoger en la recepción del

parador el telegrama llegado de la capital inglesa, con ciertos informes requeridos. El texto no era positivo. Ni tan siquiera esclarecedor:

«Sin datos sobre ningún Patrick Ashley. Dirección dada por Pat Ashley para sepultar a Duncan Ashley, falsa por completo. No hay referencias sobre el supuesto hijo ni sobre su registro. La supuesta amante de Duncan pudo ser la mujer pública Anne Howard, muerta de sífilis en un hospital de Whitefriars. Saludos: Inspector Scott, de Scotland Yard».

No. Nada esclarecedor. La infortunada Anne Howard, una enferma venérea muerta en un oscuro hospital, pudo ser madre de un tarado. Un padre criminal psicópata, una madre sifilítica…

—Cielos, ¿qué clase de hijo saldría, al menos mentalmente hablando? —musitó para sí el joven abogado criminalista, apoyando su frente algo febril en el helado vidrio de la ventana, salpicada de escarcha, nieve y vaho—. Sólo Dios lo sabe…

Pero lo cierto es que el presunto asesino no tenía referencias concretas. Nadie sabía nada sobre él. Sus datos eran falsos. ¿Existía? Parecía evidente. O nunca hubiera sido trasladado el cadáver de Duncan desde York a Londres.

Pero lo cierto es que en Harrogate seguía todo en la sombra. Aquel mensaje de Londres no ponía nada en claro.

Trató de olvidar todo eso. Se aseó antes de bajar al comedor de la fonda. Le sorprendió ver a Silas y a la propia señora Dawson sirviendo las mesas.

—¿Y Gladys? —interrogó a la hotelera—. ¿Tiene su día de permiso?

—Oh, no. Ella no libra en domingo, señor Fisher… —La dueña del parador meneó la cabeza con disgusto—. Lo cierto es que parecía algo molesta esta tarde, desde que la señora Maitland vino a pedir una botella de *whisky*… La hice subir a por una bandeja de té, del señor Lawford…

—¿Seguro? —dudó Vincent—. Vi esa bandeja en un taburete, cuando volví con los demás…

—Sí. Gladys no se ocupó de ello. En vez de eso, desapareció.

—¿Qué? —Vincent enarcó las cejas, mirándola con asombro.

—La muy fresca se largó, sin que yo la viese. Dejó una nota en conserjería. Silas tampoco la vio. Pero lo decía bien claro: se

despedía por no aguantarme. Ni siquiera quería su liquidación. Si la necesitaba, vendría a por ella, pero siendo ya una mujer libre. ¿Se ha dado cuenta, señor Fisher? ¡El servicio está inaguantable hoy en día!

Vincent no dijo nada. Siguió su cena, ceñudo. Sin alzar la cabeza, preguntó, mientras la señora Dawson ponía la jarra de cerveza en su mesa:

—¿Usted conocía la letra de Gladys? Su modo de escribir, me refiero…

—Bueno, no me fijé nunca en ello… ¿Quién se fija en la letra de una doncella? Pero la nota era bien expresiva…

—¿La conserva aún?

—No. La hice trizas y la tiré a la chimenea. Estaba muy enfadada… —De repente, la señora Dawson se sintió intrigada, inclinándose sobre la mesa del joven abogado. Éste notó que el escote de la viuda no tenía nada que envidiar al de su doncella. Sus pechos tampoco, pese a la diferencia de edad. Oyó su voz, algo tajante—: ¿Por qué pregunta eso?

—No sé, señora… ¿Era habitual ese modo de comportarse en ella?

—Pues… no ha sido nunca una chica dócil. Pero tan violenta… no, nunca. Tal vez estaba celosa hoy…

—¿Celosa? —Vincent alzó los ojos, enarcando sus cejas—. ¿Por qué?

—Pregunte usted «por quién» —rió la hostelera, encogiéndose de hombros—. Y yo se lo diré: por usted abogado. Parece que no le gustó que saliera con otra chica…

La hostelera se alejó con aire altivo, dejando perplejo a Vincent. De la mesa vecina llegó una suave carcajada de ironía. Fisher giró la cabeza. Se encontró con la mirada burlona de unos grandes e ingenuos ojos azules, no exentos de picardía.

—Vaya, parece que las vuelve usted locas, Vincent —dijo Muriel, divertida—. ¿Por qué no me lo dijo antes? Hubiéramos evitado a esa chica un mal rato…

—Oh, mujeres… —refunfuñó Vincent, malhumorado—. Nunca se sabe cómo reaccionan…

Y se hundió en su plato, sin querer hacer más comentarios. Pero a pesar de la broma de Muriel y de la irónica sátira de la señora

Dawson, seguía pensando en Gladys, la doncella. Y, sin saber la razón, se sentía preocupado.

Tal vez esa razón era una bandeja con un servicio de té. Y la puerta número once…

* * *

Ya estaban todos en sus habitaciones. Todos, excepto Vincent Fisher.

Se había metido en su habitación. Pero había vuelto abajo, al vestíbulo. Silas cumplía su servicio de noche. Aceptó un cigarro. Y también un jarro de cerveza, pagando Vincent.

Los dos hombres charlaban en el bar, desde donde era visible el iluminado vestíbulo, con su puerta de vidrios emplomados perfectamente cerrada. Silas parecía un hombre feliz. Evidentemente, una jarra de cerveza y una guinea, eran su meta de la felicidad.

—… Pues sí, señor, yo nunca hubiera creído que Gladys se largara así, pese a su genio y su arrogancia —insistía el criado, sacudiendo la cabeza—. La patrona es algo brusca, pero ella lo soportaba bien… En fin, si prefirió eso, allá ella. Le costará encontrar un trabajo así, seguro…

—Silas, ¿ha cenado esta noche el huésped del cuarto número once? —quiso saber bruscamente Vincent, alterando el curso de la conversación.

—¿El señor Lawford? —asintió con energía—. Oh, sí. Puse la bandeja, como siempre. Y al subir de nuevo, la había retirado. No tomó el té, de modo que tenía apetito, sin duda…

—¿No le parece insólita la actitud de ese hombre? No verle nunca aquí, no bajar a comer o a cenar… Eso no tiene sentido, por huraño que sea…

—Mire, yo sirvo aquí. Él es un huésped. No debo meterme en su vida. Anoche bajó, sin embargo… Y me pidió un emparedado y cerveza. Me dio media guinea…

—Lo sé, Silas. A la una y cuarto, aproximadamente. Poco después sonaban las campanas de los bomberos, ya me lo ha contado antes. El forense ha fijado la muerte del fiscal y de su perro entre las doce y las dos de la madrugada… Esa coartada no serviría demasiado al señor Lawford. Un incendio puede tardar en declararse veinte minutos o más. ¿Tardaría ese tiempo un hombre a

la carrera, desde la vivienda de Nigel Elliott hasta aquí?

—Posiblemente menos, si es ágil y joven… —Silas sacudió la cabeza—. Pero no, señor Fisher. No pudo ser Nadie entró ni salió del parador, hasta bajar el señor Lawford…

—¿Está totalmente seguro?

—Sí, lo estoy. Sólo hubo una ráfaga de aire que abrió la puerta una vez… La cerré con pestillo entonces, aunque estaba seguro de haberlo hecho antes…

—¿Sólo una vez? —quiso saber Fisher, mirándole fijamente—. ¿Fue el aire?

—Seguro. No había nadie. Bueno, antes me pareció sentir un portazo más, pero es obvio que me equivoqué. Al mirar a la puerta, todo estaba en orden…

—Ya. —Vince se frotó el mentón. Presentía que había algo importante que se le escapaba en todo aquello. Pero le era imposible aprehenderlo. De repente, giró sobre su asiento en redondo. Silas también miró al vestíbulo La voz de Fisher sonó ronca—: ¿Qué es eso?

—Cielos, como anoche… —farfulló el criado—. La puerta… Ha sido un golpe suave, como si la cerraran… Pero yo pasé el pestillo antes.

Vince corrió a la iluminada estancia. Comprobó que todo estaba en orden, Desierto. Pero sus ojos se clavaron en la puerta.

El pestillo estaba descorrido.

—Se equivocó otra vez, Silas —avisó—. La puerta no está asegurada.

—¡Imposible! —protestó el viejo criado, corriendo tras él. Al ver la puerta enmudeció. Oprimió con mano temblorosa el brazo del huésped—. Dios mío, señor Fisher, no diga nada a la señora Dawson… Me echaría de aquí si supiera que… que ya me equivoco en cosas así…

—No se preocupe —le tranquilizó Vince—. Nadie sabrá nada… Cualquiera comete un error.

—Gracias, señor, gracias… —resopló Silas—. Dios, hoy no bebí apenas… No soy como esa señora Maitland que cree ver alucinaciones por doquier, que está muerta de miedo desde que murió el juez Pentecost, porque cree que ella morirá también asesinada…

—¿La señora Maitland? Me suena ese nombre… Alguien lo mencionó anoche.

—Oh, sí. Es la señora que vino a comprar *whisky* cuando Gladys aún no se había ido… Bebe para sentirse segura… Lo del fiscal ha debido aterrorizarla mucho. Ella…, ella fue testigo contra Duncan Ashley, hace nueve años… Su testimonio fue decisivo en el proceso. Le vio salir de casa de su víctima… empapado en sangre. Ahora, la pobre mujer vive pensando en la venganza de ultratumba… ¡Qué tontería! ¿No es cierto, señor Fisher?

Vince no respondió. Estaba mirando fijamente el pestillo descorrido, mientras Silas bebía cerveza. Miró arriba, a lo alto de la escalera. Luego, repentinamente, echó a andar hacia la salida del parador.

—Silas —pidió secamente—. ¿Puede indicarme dónde vive exactamente la señora Maitland?

—Claro —se sorprendió el criado—. Con todo detalle. Pero ¿por qué quiere saberlo, señor Fisher?

—Eso se lo diré más tarde. Ahora, dígame cómo llegar hasta allá lo antes posible. Pronto, Silas. Puede haber una vida en peligro…

Silas, perplejo, se lo refirió. Antes de terminar, la puerta se había cerrado violentamente. Vince Fisher abandonó el parador de Las Armas de York.

Ya no nevaba. Sus pisadas sonaron blandamente, al alejarse calle abajo de modo presuroso.

—No… No, por el amor de Dios… ¡No puede ocurrirme esto…!

Era un grito sollozante. La mujer retrocedía, horrorizada, abandonando la mesa, la botella mediada de *whisky*, el vaso volcado…

Y frente a ella, aquella risa fantasmal flotaba en el aire. Lo mismo que aquel frutero levantado, de la mesa, cuyo contenido luego voló por los aires, yendo a perderse en los rincones del vetusto comedor.

Un chillido hiriente escapó de los labios trémulos de la infortunada mujer. Los vapores del alcohol se habían evaporado rápidamente de su cerebro, ante la insólita y terrible situación.

Ahora, el frutero se había hecho añicos contra el muro, y en su lugar, eran los objetos todos de la sala los que se movían, bailoteando, eran desplazados por la sala, en una escena dantesca e

imposible, que desorbitaba los ojos de la desgraciada mujer. Tazas, platos, vasos y figurillas de porcelana, eran levantadas y luego arrojadas al suelo, entre risas demoníacas, haciéndose añicos y alfombrando toda la estancia con sus fragmentos.

Después, fueron los cuadros y adornos de las paredes los que iniciaron la alucinante danza por la habitación, en torno suyo, haciéndola retroceder siempre, horrorizada por lo que veía.

—¡No, no, por el amor de Dios! —clamó, desesperada—. ¡Juro no volver a beber más una gota, lo juro…! ¡No deseo estar borracha de este modo! ¡No quiero ver lo que no existe, lo que no es posible que suceda…!

—No, nunca más beberás, vieja bruja… —Silabeó una voz susurrante y maligna, que parecía flotar, como los objetos, justo ante ella—. ¡Eso, te lo prometo!

Y, de repente, fue la botella de *whisky* la que osciló en la mesa, se alzó… y terminó haciéndose añicos su parte inferior contra las tablas, derramando vidrios y licor en cascada, ante la desesperación alucinada de la mujer.

—Por caridad… —gimió—. Os lo suplico… Dejadme, fantasmas… ¡Dejadme vivir!

—¿Vivir? —repitió sardónica la voz de lo invisible—. ¡Paga tus culpas, sucia arpía borracha! ¡Esto te recordará al morir, el rostro de Duncan Ashley, a quien enviaste a la horca…!

Y bruscamente, el gollete de la botella, con sus vidrios punzantes, agresivos y afilados, como diez cuchillos mortíferos, apuntaron a su rostro a su cuello.

El clamor exasperado de la señora Maitland brotó con su sangre a borbotones. Su garganta destrozada, su cara desgarrada, hecha informe pulpa de sangre y jirones de carne rota, fue como un amasijo horrendo que se agitó ante la invisible mano que esgrimía la botella mortífera.

Luego, agonizante, la infortunada mujer cayó de bruces, se agitó convulsa en el suelo, hincó sus uñas en las maderas, que se cubrían rápidamente de sangre… La botella, frente a ella, describió una parábola en el aire y se estrelló contra una vitrina, destrozando los vidrios y las tazas y juegos de té allí contenidos, en brutal estallido.

El terror invisible había golpeado de nuevo. Lo que se arrastraba en el suelo, en la agonía, no era ya sino una piltrafa humana.

Una mano que nadie podía ver, accionó una puerta, al fondo de un corredor. Una figura humana que era imposible de descubrir, pisó el exterior, la blanca nieve esponjosa, a la puerta de la vieja y apartada casa, en los suburbios de Harrogate, ya en plena campiña…

Y allí, bajo una claridad lívida, de una luna creciente que emergía de pronto entre los nubarrones grises de la noche seca y helada, la voz restalló en alguna parte, frente al edificio:

—¡Al fin te he encontrado! ¡Tus pisadas, hombre invisible! ¡Sé que estás ahí… y no puedes escabullirte en la nieve!

De alguna parte, de la nada, pareció brotar un gruñido hosco, sobresaltado, lleno de ira y de sorpresa:

—¡Vince Fisher!

Vince, armado de un negro revólver, apareció bajo la luna, hundidos sus pies en la nieve, saliendo de entre unos matorrales y una tapia medio derruida. Frente a frente con alguien a quien no podía distinguir.

Frente a frente con el terror invisible.

# CAPÍTULO IV

—¡INVISIBLE! —rugió roncamente Vince Fisher, contemplando aquellas huellas hondas, en la blanca alfombra—. ¡De modo que ésa era la explicación de todo!

A la claridad lunar, en la noche invernal, blanca, estaban sin embargo los dos adversarios en igualdad de condiciones. Porque el ser invisible no podía luchar contra algo que le delataba a ojos de Vince, tanto como si estuviera dotado de su natural físico, como si tuviera volumen y forma.

La nieve.

La nieve blanda y esponjosa. Los pies se hundían. Las pisadas sí eran visibles. Forzosamente tenían que serlo.

Con un gruñido de animal acosado, el personaje invisible se desplazó hacia la derecha con rapidez. Era inútil. Las pisadas se imprimían como por arte de magia, en un fantástico juego que maravillaba —y horrorizaba a la vez— al joven abogado criminalista de la ciudad de York.

—Es inútil… —Silabeó Vince con voz tensa, girando el arma hacia donde veía las pisadas de unos pies descalzos evidentemente, ya que cualquier prenda sobre aquella forma no visible, hubiera sido inmediatamente advertida. Mantenía una prudencial distancia, para no correr riesgos respecto a su temible enemigo—. Es inútil lo que hagas en esta ocasión. Has caído en tu propia trampa, asesino. ¡En esta capa de nieve no te es posible escapar!

Cualquiera que hubiese visto la escena, pensaría que Vince estaba loco, hablando consigo mismo, sin nadie ante sí. Sin embargo, él sabía que, por vez primera, se enfrentaba al misterioso personaje sin silueta, a un ser humano dotado de la facultad maravillosa de no dejarse ver por nadie… al menos mientras durase la acción de algún prodigioso fármaco, sin duda alguna.

Nuevas pisadas, ahora hacia atrás, en retroceso cauteloso. Una

respiración sibilante en la noche. E incluso cierto leve vaho, a la altura del rostro que no existía… El frío reinante hacía escapar vapor de la boca invisible. La respiración del monstruo era jadeante. Evidentemente, estaba preocupado. Incluso asustado.

Vince dio tantos pasos adelante como su increíble adversario hacia atrás. La voz del joven abogado sonaba tan glacial como la noche misma:

—Lo sospeché… Le ha tocado el turno a la infortunada señora Maitland, ¿no es cierto, Pat Ashley? La venganza está casi completa… Sólo debe faltar el verdugo… allá en York. Has vengado a tu padre. O creíste hacerlo, maldito engendro… Pero él era culpable. Absolutamente culpable. No tuvo sino lo que merecía… Bien. Ahora vas a pagar todos tus crímenes. Te vas a vestir ante mí. En la nieve misma. Te arrojaré mi macferlán para que te lo eches por encima. Y te pondrás mi sombrero. Quiero verte. Cuando menos, ver que llevo delante al ser que lleva mi ropa. Desde aquí a la comisaría de policía, todo el terreno está nevado. No te será fácil hacerme ninguna jugarreta. Elige entre eso… o morir aquí mismo.

El ser invisible permanecía silencioso. Como meditando, midiendo sus posibilidades. Al fin, una voz ronca, susurrante y extraña musitó en respuesta:

—Está bien… Tira tu maldito macferlán, Fisher. Me entrego.

—Vaya, veo que me conoces muy bien —estudió con desconfianza las huellas en la nieve. Empezó a despojarse de su prenda de abrigo, sin soltar el arma que empuñaba ni un solo instante. Y sin dejar de apuntar por encima de las últimas huellas impresas, claras y profundas. Producía escalofríos imaginarse allí a alguien… Alguien a quien le era imposible ver…

Arrojó el macferlán al suelo, ante los pies del ser invisible. Resultaba fantástico ver cómo se alzaba momentos después, suspendido en el aire. Su enemigo iba a ponerse la prenda que siluetaría su persona. Se dispuso Vince a hacer lo mismo con su sombrero.

Debió imaginarlo. El asesino invisible no se entregaba con tanta facilidad. Quería luchar. Y su mente, durante aquel espacio de tiempo, debió de estar actuando a toda presión, buscando una solución, la que fuese, a su desesperada situación.

Fue muy rápido. De una agilidad felina. Cuando el macferlán de

Fisher flotaba en el aire, lo arrojó súbitamente, haciéndole un ovillo contra el abogado. Instintivamente, el joven criminalista disparó su revólver.

La detonación retumbó sonoramente en la noche nevada y silenciosa. Su eco hizo caer nieve de los árboles que les rodeaban en el desolado paraje.

Los árboles…

Fue el camino elegido por el hombre invisible. No tenía otro, ciertamente.

Su salto elástico, imposible de ver pero sí de adivinar, le llevó hasta los recios ramajes de un árbol inmediato. Cayó la nieve a trozos, desmoronándose con el impulso. La segunda bala del revólver de Vince silbó entre los ramajes, quebrando algunos de ellos. Pero evidentemente, no alcanzó a su temible enemigo.

—¡Es inútil! —gritó Fisher—. ¡Los árboles te delatarán igual que el suelo nevado!

Pero sabía que no era igual. Cierto que, con los movimientos del adversario entre las ramas, de éstas se desprendía nieve. Estaba en aquel árbol, sí, pero ¿en qué rama? ¿En qué punto exacto?

Recordó que solamente quedaban tres balas en el tambor del arma. No podía, bajo pretexto alguno, correr el riesgo de quedarse inerme frente al invisible. Sería fácil presa de él, si no poseía un arma de fuego en las manos.

Prudentemente, se apartó de los árboles. Un crujido en otro cercano le reveló que el invisible saltaba ahora de árbol en árbol, para confundirle. Instintivamente se revolvió e hizo fuego una vez más, sin contemplaciones. Hizo pedazos una gruesa rama. Cayeron pellas de blanca nieve al suelo, con sordo impacto. Pero el silencio fue total. No pudo saber si había herido o no a su enemigo sin formas.

Escudriñó los árboles, furioso consigo mismo. Había dejado escapar una ocasión de oro, por simple torpeza. Se creyó tan dueño de la situación, que permitió reaccionar a una mente tan astuta y rica en recursos como la del personaje invisible.

Ahora, la arboleda, la cercana tapia de la señora Maitland, los muros derruidos de una casa en ruinas, podían ser otros tantos recursos para que el criminal se evadiera de su búsqueda. Su astucia haría el resto. Le bastaba permanecer inmóvil, respirar lo justo… De

pronto, todo se había puesto a su favor.

Vince notó un escalofrío. Era extraña aquella impresión de sentirse vigilado, escudriñado malévolamente por unos ojos que tenía ante sí, pero que él no podía ver… ¿Dónde estaban esos ojos asesinos? ¿Dónde su diabólico dueño? ¿Qué hacía, qué pensaba ahora el ejecutor invisible?

—Maldito… —susurró—. Es listo, endiabladamente listo… No será fácil darle caza…, ni siquiera localizarlo de nuevo… No volverá a pisar la nieve, mientras pueda. Si hubiera venido con alguien más, si fuésemos varios… Pero yo solo… y con dos balas únicamente en mi arma… No puedo correr el riesgo de disparar al azar. Sería funesto fallar las dos veces que restan… y verme desarmado frente a ese monstruo…

Cayó nieve de un árbol. Y de otro inmediato. Dominó a tiempo su impulso de apretar el gatillo. Era un truco. Quería incitarle a disparar. Agitaba las ramas, posiblemente desde el árbol vecino, tumbado en una de sus ramas… ¿Cuál de los dos árboles?

Retrocedió, pensativo. Dos veces más crujieron los ramajes y se desprendió nieve. Oscilaban unas y otras ramas, sin haber ni soplo de brisa. Unas veces, era provocado. Otras, él lo sabía, significaban un desplazamiento real del invisible. Pero ¿cuándo era una cosa y cuándo la otra?

Esperaba, erguido, tenso, pendientes sus ojos de los más nimios detalles. El blanco de la nieve, azulada por la luna creciente, llegaba a herir sus retinas. Ni siquiera parpadeaba. No podía permitirse ese lujo.

Nuevos crujidas, más nieve desprendiéndose de los árboles… De repente, un jadeo, un salto algo más ruidoso. Se combaron algunas ramas. Eran varias. Podía ser bajo el peso del invisible, en otro salto. O un simple truco.

Esta vez corrió el riesgo. El último. Disparó por cuarta vez. La bala desgajó aquellas ramas, entre una nube de nieve en polvo. Trató de oír algo: una queja, un gemido, un grito. No oyó nada. No se notó movimiento alguno.

Si se había equivocado, era el último error permitido. Quedaba una única bala. Y el ser invisible lo sabía tan perfectamente como él mismo. Esperaba su ocasión, tal vez. La sabía muy próxima…

Vince tragó saliva. Nunca había sido cobarde. Jamás le

impresionó nada. Ahora, por primera vez en su vida, sabía lo que era el miedo…

Con miradas precavidas en torno suyo, eludió toda vecindad con los árboles. Maldijo entre dientes, echando a andar hacia atrás, sin desviar su mirada de la arboleda.

Ahora, cuando menos, sabía qué clase de enemigo era el asesino. Y sabía que no tenía rostro ni cuerpo. El resto era más sencillo. Había soñado con llevarlo consigo, capturarlo. Pero no era posible esta vez. Sabía que, de permanecer allí más tiempo, podía morir fácilmente, y cuanto ahora sabía él, seguiría siendo desconocido para los demás. Tenía que revelar esto, cuando menos.

Tenía que decir a todos que un hombre llamado Brian Lawford no existía. Que, bajo unos vendajes y unas ropas, sólo se ocultaba un cuerpo sin forma ni color. Una masa invisible. El más peligroso criminal jamás imaginado.

La luna se veló en parte, al extenderse unas nubes grises sobre su superficie. Vince Fisher, decididamente, retrocedió hasta el sendero. Siempre sin dejar de mirar tras de sí, siempre vigilando la blanca nieve, en busca de huellas posibles, regresó al centro de la población.

El fracaso tiene siempre un amargo regusto. En esta ocasión, más que nunca…

De haber continuado más tiempo en su emplazamiento, frente a la vivienda de la señora Maitland, Vince Fisher hubiera sentido mucha menos amargura. El fracaso no era tan grande como él imaginaba.

De un árbol, goteaban manchas rojas a la nieve, con lentitud pero insistentemente. Y cuando, en la soledad de la noche, volvieron a verse huellas de nieve, perdiéndose hacia el interior de Harrogate, nuevas gotas de sangre fueron marcando un reguero en el blanco elemento.

El asesino invisible estaba herido. Una de las balas de Vince Fisher, había llegado a su destino.

* * *

Había mucho revuelo en torno a la hostería de la señora Dawson cuando Fisher llegó allí.

Alrededor de la casa, descubrió grupos de gente. Las ventanas del parador aparecían abiertas. McDivitt salió a recibirle, con gesto

ensombrecido. Fisher temió lo peor.

—Constable, ¿qué ocurre ahora? —jadeó Vince, asustado.

—Gladys, la doncella… —explicó el policía—. Ha aparecido enganchada de los hierros de una verja, al pie de la ventana de la habitación número once… Estaba clavada en ellos, atravesada por varios pinchos. Pero el forense cree que ya estaba muerta al caer. Pobre muchacha…

—Vaya, tiene usted una noche movida, constable —respiró hondo Vince—. Vaya a casa de la señora Maitland cuando pueda. Allí encontrará el cadáver de la infortunada mujer.

—¿Qué? —desorbitó sus ojos el policía, incrédulo.

—No sólo eso. Dejé allí al asesino, encaramado en los árboles. No pude arrestarlo. Ni pude correr el riesgo de verme frente a él sin proyectiles. Sólo queda uno en mi revólver.

—No lo entiendo bien, Fisher. ¿Quiere decir que usted vio al asesino?

—No, no exactamente eso —rió Vince sarcásticamente—. No llegué a verlo.

—¿Entonces…?

—Constable, prepare perros. Jaurías de perros. Mastines, por ejemplo. Los mejores que haya en Harrogate. Hay que rastrear, en busca de un hombre. De un hombre invisible, constable.

—¿Qué? —exclamó el policía, aturdido—. ¿Se burla de mí?

—No, McDivitt —dijo una voz grave tras de Vince—. El señor Fisher tiene razón. Veo que ya conoce la verdad. Por tanto, es que ha estado frente al criminal…

Vince se volvió. Miró duramente al doctor Hayles, que venía calle abajo, de alguna parte. Las miradas de los dos sombres se cruzaron.

—De modo que era eso lo que no querían revelar usted y la doctora Castle… —refunfuñó Vince, ceñudo—. ¿Por qué, doctor Hayles? ¿Para ayudar al asesino?

—No diga eso, Fisher —protestó el biólogo—. No podíamos decirlo, compréndalo. Era…, era sólo una teoría…

—¡Pero ustedes conocían lo relativo a la invisibilidad!

—Lo sospechábamos, que no es lo mismo. Después de todo, el profesor Blake buscaba la invisibilidad. Creía haberla encontrado. Pero la doctora nunca estuvo realmente segura de que fuese así…

Por eso vinimos, temiendo algo, pero sin estar convencidos…

—Pues ahora ya lo están.

—¿Usted ha comprobado que…?

—Sí, doctor Hayles. Lo he comprobado por mí mismo. He visto pisadas en la nieve, he visto flotar mi macferlán en el aire, he visto oscilar las ramas y caer la nieve cuando él saltó a un árbol… He disparado en vano contra una forma que sólo podía intuir…

—Gran Dios, entonces era cierto… Ese monstruo robó la fórmula al profesor cuando le mató… La fórmula estaba en la agenda…

—Sí. La que puede cambiar la faz del mundo… y convertir a un hombre en amo del globo… Sí, doctor Hayles. Y resultó que Patrick Ashley era químico… y pudo desarrollar la fórmula… ¡y experimentarla en sí mismo! ¡Y Patrick Ashley ES BRIAN LAWFORD, EL HUÉSPED DEL NÚMERO ONCE…!

Echó a correr Fisher hacia el interior del parador. McDivitt, tras una duda, cambió una mirada con el doctor Hayles y siguió al abogado, en compañía del biólogo de Londres. McDivitt empuñaba ahora su revólver reglamentario.

—La chica fue arrojada desde una de las ventanas de este lado —jadeó McDivitt, mientras subían por la escalera—. Tal vez desde el número once.

—Gladys era curiosa… entrometida… —Silabeó Fisher—. Debió sorprender a Ashley… y descubrir demasiadas cosas… Ahora ya no hay contemplaciones, constable. ¡Derribemos la puerta, si no nos abren!

Arriba, Vince captó borrosamente los rostros pálidos, demudados, de la doctora Castle y de Muriel Foster, asomadas a sus respectivas puertas. Tras el impacto emocional del hallazgo del cadáver de la doncella, ahora llegaba esto.

—Tengan cuidado —avisó Fisher con voz ronca a las dos mujeres—. Lawford es el culpable. Usted, doctora Castle, ya sabe la verdad sobre todo esto… El doctor Hayles le confirmará que ambos estaban en lo cierto…

—Cielos… —Tembló la joven doctora de la ciudad de York—. De modo que él es…

—Invisible, sí —afirmó Vince rotundo, provocando un gesto de enorme estupor, de incredulidad absoluta, en el rostro demacrado de la joven periodista—. Lo es, doctora…, pero quizá lo hayamos

descubierto demasiado tarde. El monstruo asesinó ya al juez Pentecost, al fiscal Elliott, a la señora Maitland y a Gladys…

Estaba ante el cuarto número once. No se entretuvo en llamar. Cargó contra la hoja de madera casi rabiosamente. Con todas sus fuerzas. Vince Fisher era vigoroso. Desgajó la madera y la cerradura. McDivitt y el doctor Hayles le siguieron como un huracán. El policía empuñaba el revólver. El doctor, una barra de hierro. Vince llevaba su revólver amartillado.

Se encontraron ante la habitación del misterioso señor Lawford, el químico de Londres. Los vendajes aparecían junto a las ropas y calzado del mismo. Los lentes negros, los guantes también estaban allí.

Había vidrios rotos, objetos de laboratorio quebrados, caídos bajo una mesa. Pero ni rastro de fórmula alguna. Ni una agenda, ni una droga visible. Si Gladys, como sospechaba Vince, encontró algo revelador allí dentro, ese algo había sido ya retirado por el criminal sin rostro.

—Tarde —suspiró Vince—. Hemos llegado tarde… Recogió sus cosas. No creo que vuelva aquí…

—¿Deambulará por ahí, escondiéndose de todos…? —dudó el doctor Hayles, pensativo.

—Es obvio que sí, doctor. O regresará a Londres, cumplida su sangrienta tarea.

—Fisher, esa clase de fármacos tienen un grave inconveniente… —señaló la doctora Castle, asomando su morena belleza en la habitación del misterio.

—¿Cuál, doctora? —quiso saber Vince, volviéndose a ella.

—El profesor Blake siempre se refería a eso al hablar de drogas maravillosas. Sin duda al citar ésta, su gran obra química, tan mal empleada en la actualidad, comentaba que todo fármaco desconocido, encierra un peligro potencial al ser usado con frecuencia, de modo indiscriminado…

—¿Cuál, doctora Castle?

—El hábito degenera los tejidos. Y les hace asimilar quizá excesiva dosis de la droga. De tal modo que, a la larga, con cierta frecuencia ya, la persona podría… podría volverse invisible durante períodos de tiempo NO PREVISTOS por el sujeto. Es decir, usted o yo, si fuésemos ahora el asesino invisible…, correríamos el riesgo,

en cualquier momento, de recuperar la invisibilidad, a la vista de todos. Ése es el riesgo que en estos momentos puede correr esa persona.

Vince Fisher asintió, frunciendo el ceño. Paseó por la habitación, pensativo. Había algo que no entendía, sin embargo. Algo que no funcionaba totalmente bien en aquello. Las palabras de la doctora Castle tenían algo que no encajaba, y no sabía qué…

Muriel Foster tomaba apuntes con gran rapidez, sobreponiéndose a su estado emocional, y era obvio que el brillo excitado de sus ojos revelaba lo que estaba pensando. Un reportaje de aquella magnitud, difícilmente podría volver a publicar el London Clarion, en lo que le quedaba de vida. Era el éxito periodístico de una época. Quizá de todos los tiempos.

—Es increíble… —murmuraba febril, la activa muchacha—. Nadie va a creerlo al principio, pero luego causará sensación…

Vince seguía paseando por la estancia. Tocó los vendajes, los guantes, las gafas… De repente, lo soltó. Todo aquel aparato le resultó enormemente incongruente.

—Entonces…, ¿a qué viene todo esto? —masculló—. Vendajes, gafas negras, guantes… ¿Es que el personaje invisible NO SIEMPRE es invisible, doctora Castle?

—Cielos, no —rechazó la doctora—. Sólo el tiempo de acción del fármaco…

—La invisibilidad de todos los tejidos humanos, incluido su esqueleto, sus arterias, su sangre, se produce por la acción de un determinado compuesto químico sobre el organismo, Fisher —explicó el doctor Hayles pacientemente—. Pero forzosamente, esa acción es limitada y depende de la dosis ingerida por el sujeto. Evidentemente, como toda droga, cada vez necesitará más dosis para tiempos más breves de invisibilidad. Pero por contra, la invisibilidad podrá surgir accidentalmente, como la doctora le dijo antes. De todos modos, podríamos decir que durante el tiempo en que el sujeto no tome el fármaco, en la primera etapa, su estado será siempre absolutamente normal, siendo visible por completo a todos los efectos…

—Entonces…, ¿por qué vendajes, unas gafas negras, guantes…? Esto tendría sentido si lo que va debajo no es visible. Pero siendo normal, ¿a qué conduciría, doctor?

—No lo sé. Quizá únicamente a ocultar el auténtico rostro del asesino…

—Pero eso no tiene sentido —rechazó Vince ceñudo—. A menos que…

—A menos ¿qué, Fisher? —quiso saber McDivitt, volviendo de la ventana, por la que había asomado, para comprobar que desde allí debió ser arrojada Gladys a los hierros de la verja.

—A menos que ese rostro pudiera revelar algo a los demás. Si ninguno conocemos a Patrick Ashley, ¿por qué esconderse tras unas vendas, unos lentes y unos guantes?

—¿A dónde quiere ir a parar, Vince? —se interesó Muriel, contemplándole con sus grandes y azules ojos muy abiertos.

—A una conclusión muy razonable, señores —suspiró Vince, preocupado—. Tal vez nosotros HEMOS VISTO ya a Patrick Ashley y conocemos su rostro. Por ello, como Brian Lawford, no podía mostrar la misma cara…

—¿Está seguro de que esa teoría es factible? —dudó McDivitt—. ¿Cómo pudimos ver el rostro de Ashley? Yo nunca lo he visto antes, ni sé cómo es…

—No, constable. Ninguno de nosotros es consciente de haber visto a Ashley, pero es porque no le vimos con la personalidad de Patrick Ashley, sino de otra persona. Es decir, Ashley creó dos personajes ficticios. Uno, Brian Lawford, el hombre del misterio, encerrado siempre en su habitación.

—¿Y…?

—Y el otro, la persona que sí era visible a todo el mundo, con otra diferente identidad que nadie relacionaría con Ashley, ni con Lawford. En suma, despojándose de las ropas de Lawford, teníamos al asesino visible, que entraba y salía de aquí sin ser visto por nadie… aunque a veces sí se movían las puertas o se agitaba una cortina inexplicablemente. Lawford comía muy poco, porque ya comía normalmente con otra identidad, a la vista de todos.

—Es una teoría fantástica —opinó la doctora Castle, dubitativa —. Además…

—Además…, ¿qué, doctora? —quiso saber Vince, sonriendo extrañamente.

—Además, tal como usted lo ha expuesto…, es como sí, realmente, esa segunda identidad del asesino perteneciera a

alguien…, a alguien que reside también dentro de esta casa…

—Y así es, doctora Castle —suspiró Fisher, asintiendo con lentitud—. Estoy seguro de ello. El asesino de Harrogate, el hombre invisible, Patrick Ashley, con otro nombre y apariencia… ESTÁ AQUÍ TODAVÍA. En este parador.

# CAPÍTULO V

LOS perros ladraron en la distancia.

Vince Fisher levantó la cabeza. Se encontró con la mirada de Muriel Foster, que dejaba de redactar un momento su mejor reportaje para el Clarion. Sus ojos se cruzaron en silencio. Allá lejos, en el amanecer, la jauría de mastines, propiedad de *Sir* Hugh Clifford, cedidos especialmente para aquella ocasión, buscaban el rastro, insistentemente.

—Esos perros logran ponerme nerviosa, Vince —comentó la joven, estremeciéndose.

—Y a mí, Muriel —confesó Vince con un suspiro—. Pero no hay otro remedio. Ellos están ahora siguiendo el rastro. Están habituados a perseguir zorros y jabalíes. Pueden dar con el hombre invisible.

—¿Tú crees? Debe haber pocas cosas de él…

—Tenemos mi macferlán, que él tocó. El suelo nevado que pisó anoche, la casa de la señora Maitland… y las ropas y vendajes del misterioso «señor Lawford», el hombre que nunca existió. Con todo eso, les sobrará para llegar a alguna parte.

—Todo esto es fascinante. Y a la vez aterrador. Cuando veía esta madrugada a esos hombres armados, rodeando el parador, a McDivitt revólver en mano en el vestíbulo, junto al viejo Silas… y toda esa harina regando los suelos de la casa…, me preguntaba qué podíais buscar con todo ello.

—Algo muy simple: evitar que el asesino escape, Muriel. Si se torna invisible, podría salir fácilmente sin ser visto. Pero no podría saltar a la nieve del exterior. Los vigilantes armados verían sus huellas y harían fuego en el acto. Son sus órdenes. Dentro de la fonda, si se desplaza, pisará el suelo enharinado, delatándose a sí mismo. En suma: no puede moverse. No puede intentar la fuga de ninguna forma.

—Está acorralado —comentó Muriel, pensativa, mordiendo la punta de su lápiz.

—Eso es. Acorralado.

—Suponiendo que esté dentro de este edificio…

—Lo está. De otro modo, la existencia de ese «señor Lawford» hubiera sido completamente inútil. Cuando así lo deseaba o le era preciso, el invisible se despojaba de las ropas de Lawford, salía de su habitación y, al hacerse visible, era otra persona. En la operación inversa, le bastaba tornarse invisible, actuar… y volver a la habitación del «señor Lawford», si aún era invisible… o a otro lugar, si era de nuevo quien debía ser, perfectamente visible.

—Pero Vince, hay poca gente aquí de quien sospechar… Muerta Gladys, que además era mujer, ¿quién queda? El viejo Silas nada más.

—Y el doctor Hayles —le recordó Vince. Que añadió, sonriente —: Y yo mismo…

—Oh, no bromeo, Vince. Este asunto es demasiado serio —se mostró preocupada ella.

—Yo tampoco. Te digo la verdad. Somos tres hombres en el parador. Y tres mujeres: la señora Dawson y vosotras dos: tú y la doctora Castle.

—Creí que estábamos hablando de un hombre invisible —sonrió la joven periodista.

—Sí, Muriel. Hablamos de eso es cierto. Yo…

En ese momento, la señora Dawson hizo su entrada en el saloncito del parador donde se acostumbraba a leer, escribir o jugar a algo para matar el rato. Allá, en un rincón, el doctor Hayles parecía sumido en la lectura de un volumen, aunque Fisher estaba seguro de que nunca pasaba de la misma página. En otro rincón, la doctora Castle era quien meditaba, cabizbaja, sin moverse de la butaca.

Él y Muriel charlaban junto al secreter donde la joven redactaba su gran reportaje. La señora Dawson fue hasta ellos. Le tendió un sobre cerrado a Vince.

—Es una nota del constable McDivitt, señor Fisher —dijo la hostelera—. La ha enviado con urgencia por medio de un muchacho…

—Gracias, señora —habló Vince, sorprendido, tomando el sobre

cerrado.

La hostelera, algo seca, se limitó a alejarse, sin responder. Parecía muy contrariada con el curso de los acontecimientos en su casa. No era agradable ver todo el establecimiento regado de harina. Ni la casa rodeada de gente con armas.

—Disculpa, Muriel —dijo Vince, rasgando el sobre. Leyó la nota. Rápidamente, la dobló, guardándola en su bolsillo. La periodista le miró con irrefrenable curiosidad.

—¿Algo importante? —quiso saber ella, con ojos chispeantes.

—Podría serlo —se encogió de hombros Vince—. Veremos… Lo cierto es que McDivitt tiene trabajo con los perros. Al subir a los árboles, el invisible dejó pocos rastros… Ah, doctor Hayles, un momento, por favor…

—¿Sí? —El médico se incorporó, dando unos pasos hacia él.

Vince se puso igualmente en pie, llegó hasta el doctor en biología, e inesperadamente, le dio un fuerte abrazo, con jovialidad sorprendente. Hayles le miró, desconcertado, en tanto Vince palmeaba su espalda y hombros con energía.

—Felicíteme, doctor —habló Vince con tono enfático y jovial—. Creo que estoy más cerca que nunca de la solución de este misterio…

—Temo no entenderlo, muchacho… —protestó el doctor Hayles, algo seco—. ¿De veras sabe usted lo que está diciendo?

—Sí, doctor. Tenemos al invisible rodeado. No puede escapar en modo alguno. Y hasta creo saber quién es… —Caminó hacia la doctora Castle, se inclinó sobre ella y, de forma imprevisible, también la rodeó con sus brazos, oprimiéndola contra sí, e incluso palmeando con fuerza su espalda y sus muslos. Enrojeció la doctora, ante la familiaridad del trato, irguiéndose algo airada.

—¡Fisher! —protestó—. ¿Cree que éste es modo de tratar a una dama, por muy feliz que se sienta? Me… me parece imperdonable en usted…

—Disculpe, doctora —sonrió Fisher risueño, acercándose a Muriel—. Me siento tan feliz, que deseo hacer partícipe de esa felicidad a todo el mundo.

También se inclinó hacia Muriel, y aunque ella reía, pretendiendo eludirle, logró darle un fuerte abrazo, e incluso un beso en la mejilla, oprimiendo con fuerza el atractivo cuerpo de la

joven.

—Oh, Vince, me haces daño… —protestó ella, con un gemido. Le miró, algo pálida, como si sintiera miedo de sus efusiones o de su salud mental incluso—. ¿Qué es lo que te pasa?

—Muriel, tengo la solución. Sé quién es Pat Ashley…

—¿De veras? —Los bonitos ojos azules le miraron ingenuamente —. ¿Quién?

—Muriel, yo creo que… —Se detuvo de repente. Miró con ojos atónitos hacia las manos de la joven periodista. Su voz brotó en un alarido—: ¡Muriel! ¿Qué te ocurre en las manos ahora? ¡Se están volviendo transparentes!

Muriel exhaló un grito ronco, sobresaltado. Se incorporó con angustia, mirando sus manos con expresión de vivo horror. La doctora Castle y el doctor Hayles fijaron sus ojos en aquellas manos también.

De entre los dedos de Muriel Foster, había escapado el lápiz y el papel escrito. Sin embargo, las manos de la periodista aparecían totalmente normales.

—Vince, no… no entiendo… —gimió, muy pálida—. ¿Qué significa esta broma tan pesada?

Vincent Fisher la miraba fríamente. Luego, adelantó un paso. Tiró con violencia del tejido de la blusa de la joven reportera. Se rasgó la tela hasta la altura de su costado.

Apareció el apósito de gasas y vendajes, taponando una herida. Una leve mancha de sangre empezaba a humedecer ya el apósito fuertemente aplicado sobre el costado. Ahora, la lividez de ella fue mortal.

—Lo siento, Muriel —dijo fríamente Vince—. McDivitt acaba de informarme. Los perros hallaron un rastro de gotas de sangre. El asesino invisible estaba herido anoche. Le alcancé con mis balas…

—¡Fisher! —estalló el doctor Hayles, demudado—. Pero ¿qué estás diciendo? ¡Ella es… es una mujer! ¡Una periodista de Londres!

—Sí, doctor Hayles. Sabemos eso. Tal vez sea periodista, como Muriel Foster. Y químico de carrera, como PATRICIA ASHLEY, la hija de Duncan Ashley…

—¡Patricia! —exclamó la doctora Castle con estupor, viendo claro súbitamente—. ¡No era Patrick…!

—Vince, eres odioso… —Silabeó ella, con el rostro mortalmente

pálido, húmedo de transpiración—. Esas acusaciones, ese comportamiento tuyo… ¡No tiene sentido nada de cuanto dices!

—Pero te miraste tus manos, asustada. Pensaste que te volvías invisible, como mencionó el doctor Hayles… Quizá te ha ocurrido ya otras veces, cuando te encerrabas en tu cuarto. Luego, ya invisible, salías a matar… o entrabas en la alcoba número once… Tú y Brian Lawford… Dos nombres falsos para una misma persona: Patricia Ashley, tarada hija de una pareja nefasta, formada por un psicópata asesino y una ramera… Te compadecería, Muriel, ¿o te llamo Pat, de ahora en adelante? Te compadecería… si no fuese por el juez Pentecost, por el fiscal Elliott, por la señora Maitland, por Gladys… Sí, Muriel. Eres tú. Voy a probarlo pronto. Cuando los perros estén cerca de ti y olfateen tu presencia Además, tendrás en tu habitación el fármaco, la droga y la fórmula del profesor Blake… ¿No es cierto, Muriel? Ahora comprendo por qué tu voz, anoche en la nieve, sonaba tan extraña. Era ronca, pero tenía algo raro… Ahora sé que era una voz de mujer, fingiendo ser la de un hombre…

Afuera, no lejos de allí, ladraban los perros furiosamente. La jauría de mastines de *Sir* Hugh, estaba cerca del parador. El rastro que seguían era bueno, evidentemente.

De pronto, Muriel emitió un grito agudo, echó a correr, apartando de un empujón a Vince. Éste, asombrado, salió disparado, aterrizando violentamente en el suelo. Muriel desapareció por la salida. Oyeron sus pasos escaleras arriba.

—¡Cielos, qué fuerza! —exclamó la doctora Castle—. Le derribó como si fuese una pluma…

—Es la droga, doctora. Centuplica las fuerzas… —Vince se incorporó, empuñando su revólver ahora—. ¿Se dio cuenta de algo? Esta vez sí estaba empezando a tornarse transparente. Y ella lo ha notado. ¡Se volverá invisible!

Salió corriendo en pos de ella. Muriel le llevaba ventaja. Caían vestidos femeninos por la escalera. Una puerta se cerró violentamente. Ante esa puerta, la de ella, Vince descubrió prendas íntimas, zapatos…

—Invisible… —Silabeó—. ¡Ya es invisible de nuevo!

Llevaba de nuevo cargado el revólver. Apuntó a la cerradura. Disparó, saltándola. Penetró violentamente en la habitación. Un frasco voló a su encuentro. Se estrelló contra su cabeza,

violentamente, y se hizo añicos. Un espeso producto azulado corrió por su cara.

Disparó al aire, avisando a la invisible:

—¡Es inútil todo, Patricia Ashley! ¡Abajo están ya los mastines! ¡Conocen su presa!

Un pequeño librito revoloteó por el aire. Era una vieja agenda de tapas de hule. Vince se estremeció. ¡La fórmula de la invisibilidad! Trató de detener a la invisible. Pero el cuerpo sin forma le rechazó violentamente, y notó un golpe demoledor en el rostro. Cayó hacia atrás Vince. Al pie de la casa, los perros rugían, ladraban, presintiendo la proximidad de su presa…

El librito fue hacia la ventana. Ella huía con su preciada fórmula. Vince observó cómo el espeso líquido azul se evaporaba en el suelo y sobre su piel con rapidez. Intuyó que era la única muestra existente del portentoso fármaco.

—¡Pat, no lo hagas! —rugió—. ¡No hay escapatoria esta vez! ¡Dame esa agenda!

Ella soltó una carcajada. Salvó la ventana. Sin duda alguna. La agenda era el punto de referencia, agitándose en el vacío. Luego, debió saltar, buscando la fuga en el recinto, de la casa vecina.

Estaba ya goteando sangre por su herida, abierta y sin apósito. Por el aire era dantesco ver caer un librito flotante y un reguero de sangre que brotaba de la nada. Finalmente, hubo un rebote en el alto muro vecino de ladrillo.

Y el cuerpo invisible se fue a la calle. A la nieve, removida por las patas de veinte mastines rabiosos. Vince gritó a McDivitt, desesperadamente:

—¡Retenga a los perros! ¡Sujételos con fuerza! ¡Ha caído el invisible!

McDivitt tardó en comprender. Lo justo para que los mastines escaparan de sus manos. Las correas se soltaron. Los perros saltaron sobre algo que tampoco veían, pero que su instinto animal captaba mucho mejor que el hombre.

Hubo un destrozo horrible en la nieve. Ésta se tiñó de sangre, ante el horror de los presentes, que veían hundirse los colmillos de los perros enfurecidos en algo que ni siquiera existía.

Cuando se apartaron, Vince, angustiado, sabía que era tarde. Todo era sangre, manando de cien heridas invisibles y mortíferas.

Un librito de viejas tapas aparecía triturado y desgarrado por las fauces caninas, hasta el punto de ser ilegible cuanto pudiera contener. Sólo jirones de papel, bañados en sangre humana…

—Dios mío. Perdido para siempre… —musitó Vince—. Ya nadie podrá ser invisible.

Y allá, en la nieve, lentamente, el cuerpo de Patricia Ashley se tornaba cristalino, transparente primero, translúcido después. Finalmente, cobraba su forma real, humana, sólida y visible a ojos de todos… Un desnudo hermoso cuerpo de mujer, destrozado a dentelladas. Con una mueca postrera de horror congelada en su rostro.

La gente de Harrogate se apartó, persignándose…

Vince, sombrío, también se retiró de la ventana.

—Tal vez sea mejor así, Fisher…

—Tal vez, doctora Castle —admitió Vince, mirando a su compañera de viaje hacia York, en la diligencia—. Se perdió el gran invento. Y se acabó la pesadilla… ¿Cree que olvidará pronto lo que ha vivido en Harrogate?

—Lo dudo mucho, Fisher. ¿Y usted?

—Lo intentaré. Espero que en York sea todo diferente… Doctora, ¿qué tal si para comenzar a olvidar, cenamos juntos usted y yo, nuestra primera noche en York… y luego vamos a un teatro?

—Sería un magnífico modo de empezar a olvidar… —sonrió la doctora Castle—. Acepto encantada, Fisher.

—Llámeme Vince, doctora. Espero que sea el inicio de una excelente amistad.

—No me llame doctora. Sólo Marsha… Sí, yo también espero que seamos buenos amigos…

Y los dos jóvenes se miraron, sonrientes. El carruaje se alejaba de Harrogate, en medio del paisaje nevado. Se dejaba del horror.

**FIN**



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.